

---

Qubit (Cuban science fiction magazine)

Science Fiction

---

May 2010

## Qubit [No. 46]

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/qubit>

---

### Recommended Citation

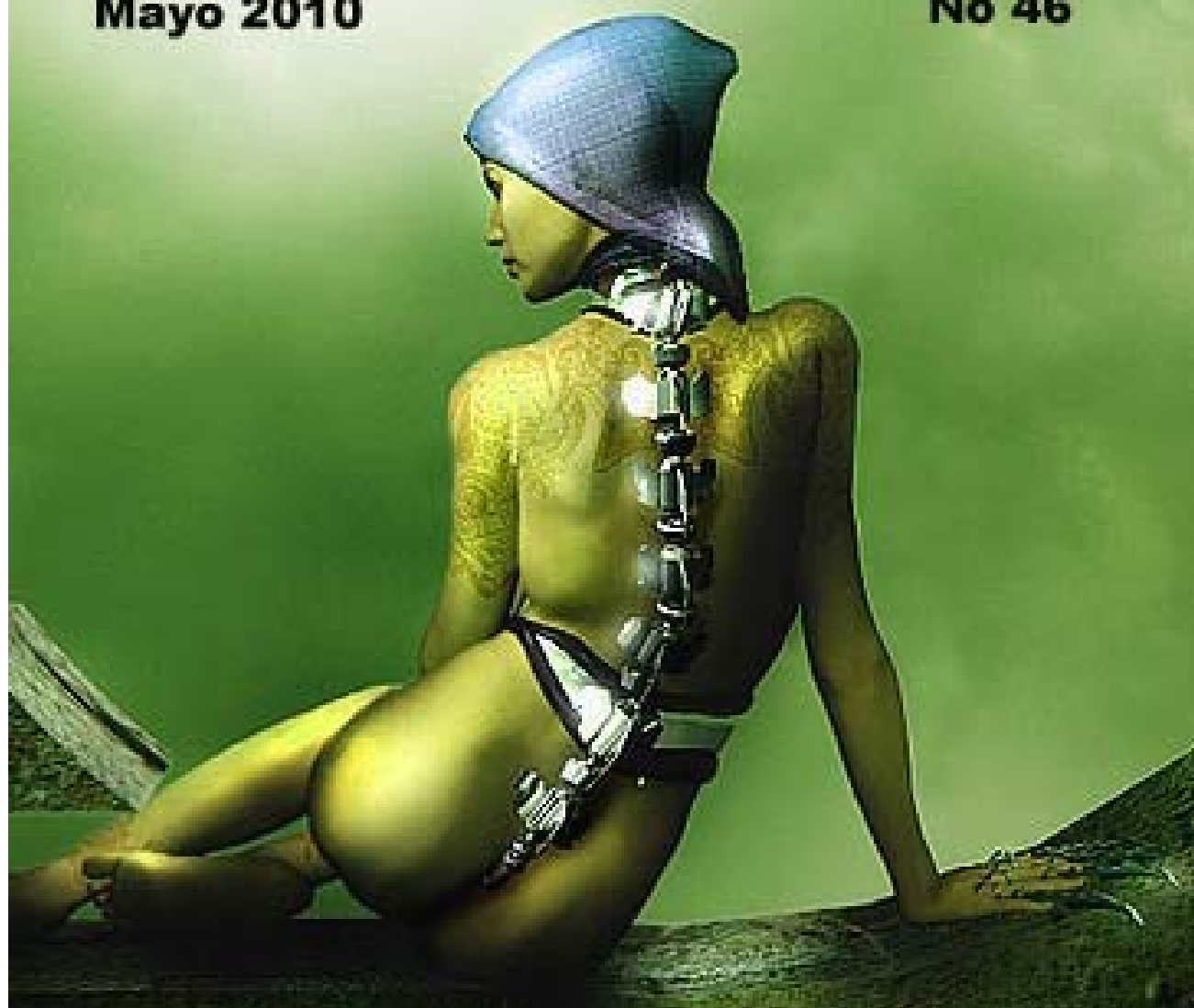
"Qubit [No. 46]" (2010). *Qubit (Cuban science fiction magazine)*. 46.  
<https://digitalcommons.usf.edu/qubit/46>

This Text is brought to you for free and open access by the Science Fiction at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Qubit (Cuban science fiction magazine) by an authorized administrator of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact [digitalcommons@usf.edu](mailto:digitalcommons@usf.edu).

# QUBIT

Mayo 2010

No 46



**ESPECIAL**  
**CIENCIA FICCIÓN CUBANA**  
**ESCRITA POR MUJERES**  
**(TERCERA PARTE)**



## Índice:

- **Deuda temporal: Historia de la ciencia ficción escrita por mujeres en Cuba (Tercera parte) Raúl Aguiar.**
- **¿Donde me pongo? Ida Mitrani**
- **Kadoor. Niurka Alonso Santos**
- **Magic Room, o viaje al centro de la Tierra, otra vez. Jamila Medina**
- **Fichas de ajedrez. Lidia Soca Medina**
- **El sueño compartido. Yadira Alvarez.**
- **Menephilus Calxis en Sajari. Yeny Mila Ramos.**
- **La noticia. Zullin Elejalde Macías**
- **El retorno. Claudia Alejandra Damián**
- **La estrella de fuego azul. Janin R. Hernández**
- **Culto de acoplamiento. Elaine Vilar Madruga**
- **Historia del cine ciberpunk. 1995. Judge Dredd.**

---

Para descargar números anteriores de Qubit, visitar

<http://www.eldiletante.co.nr>

Para subscribirte a la revista, escribir a

[qubit@centro-onelio.cult.cu](mailto:qubit@centro-onelio.cult.cu)

# DEUDA TEMPORAL:

## HISTORIA DE LA CIENCIA FICCIÓN ESCRITA POR MUJERES EN CUBA (TERCERA PARTE)

Raúl Aguiar



En los años que siguen al 2000, surge una nueva ola de escritoras cubanas de ciencia ficción. Ida Mitrani ya tenía un extenso currículum científico y literario, con premios y publicaciones de poesía y cuento infantil, cuando decidió incursionar en la ciencia ficción. Fundadora de varios talleres, decidió incorporarse al Taller Espacio Abierto como una aprendiz más del género, tratando de aunar sus dos grandes vocaciones.

Un caso bastante interesante es el de Jamila Medina, que nos ofrece un cuento titulado *Magic Room* construido al estilo rizoma, donde cada frase remite a múltiples conceptos, rupturas de lenguaje, líneas de fuga, enumeraciones y simbología iconográfica como posibilidades abiertas dentro del universo infinito de la narrativa post-Internet.

El caso de Janie R. Hernández, Yadira Alvarez, y Elaine Vilar es totalmente diferente: ellas sí se consideran a sí mismas escritoras a tiempo completo de fantasía y/o ciencia ficción. Elaine y Yadira son integrantes del taller literario *Espacio abierto*, especializado en el género fantástico, de muy reciente aparición, aunque ambas ya provenían de otros grupos del fandom nacional. Recientemente Elaine Vilar acaba de publicar su primer libro *Al límite de los olivos*, que recibió mención en el Premio Calendario 2006 de ciencia ficción. Janin Ruiz Hernández escribe sobre todo novelas y cuentos de fantasía heroica, aunque para esta antología nos ofreció uno de sus intentos narrativos de ciencia ficción. Las historias de estas tres autoras, muy heterogéneas en

cuanto a temáticas, tienen una gran calidad y resultan bastante interesantes, sobre todo en el tratamiento de los personajes, principalmente femeninos, casi siempre protagonistas.

El género del minicuento se ha desarrollado con fuerza en Cuba en los últimos años, sobre todo gracias a concursos como El Dinosaurio, que premia los mejores minicuentos en múltiples categorías, y una de ellas es la de ciencia ficción. Esto es un aliciente para que varias narradoras prueben sus fuerzas en el género, como Zullín Elejalde y Yeny Mila, quien ganó el último premio colateral del concurso El Dinosaurio con su microrelato de ciencia ficción *Menepphilus Calxys en Sajari*.

A través del concurso de ciencia ficción de la revista Juventud Técnica se han dado a conocer otras autoras como Maylín Lozano García, Gretel Valdivia y Lidia Soca Medina, quien cuenta con varias menciones recibidas en años consecutivos.

A manera de resumen, podrían establecerse ciertas características específicas que, a lo largo de la historia del género en la isla, han definido y diferencian la ciencia ficción cubana escrita por mujeres de la elaborada por sus homólogos masculinos. En el aspecto formal, un mayor cuidado del lenguaje, voluntad de estilo con recursos a lo poético, y gran precisión a la hora de describir los ambientes y caracteres. Mayor profundización en la psicología de los personajes, sobre todo los femeninos y los infantiles. El aspecto especulativo, científico o tecnológico del argumento no es lo más importante en comparación con los conflictos e interrelaciones sociales, familiares o de pareja.

En cuanto a la diferenciación intergeneracional de las escritoras cubanas de CF podrían establecerse tres etapas distintivas.

1 Una primera etapa, correspondiente a la década de los 80, donde se perciben algunas influencias poco marcadas del realismo socialista en los argumentos, sobre todo los de exploración espacial y el contacto con extraterrestres. Visión utópica del futuro y exaltación de los sentimientos positivos como el amor o la solidaridad humana. Aparición por primera vez en el fantástico cubano de elementos de la fantasía heroica, desarrollo de los temas del paleocontacto y la recontextualización de los mitos y cosmogonías.

2 Una segunda etapa, correspondiente a la década de los 90, donde la producción narrativa femenina se concentra en una sola escritora, al menos en Cuba. Esta escritora, Gina Picart, va a preferir los elementos históricos o míticos para desarrollar sus historias, con pleno desinterés por los gadgets tecnológicos de la CF tradicional. Ciencia ficción del pasado, más que del futuro. A diferencia de las escritoras de la generación anterior, no teme escoger protagonistas masculinos para algunas de sus historias, y logra hacer a estos caracteres verosímiles y no estereotipados. También se caracteriza por un tono más sobrio en el tratamiento de las emociones y conflictos humanos.

3 Una tercera etapa, desde el 2000 hasta la actualidad. Disminuye la preocupación por utilizar los elementos poéticos dentro del discurso. Mayor interés en un lenguaje fluido, en función de la trama, que adquiere así un tempo más rápido. Visión distópica del futuro. En algunas autoras se recrean ambientaciones cercanas a la corriente ciberpunk, con gadgets propios de esta tendencia pero sin convertirlos en centro, solo como un recurso necesario pero menor, para desarrollar los conflictos humanos, mucho más importantes. La personaje protagónica lleva la acción principal del relato. Aparecen los sentimientos negativos de intolerancia, falta de solidaridad, cinismo, propios de un mundo deshumanizado. Pesimismo.

Esta ha sido, de una manera un poco superficial y al vuelo, algunas de las características que hemos notado en la obra de las escritoras cubanas de ciencia ficción. Es muy probable que en trabajos futuros sobre el particular se hagan estudios mucho más profundos y reveladores. Por nuestra parte queda ofrecer al público cubano esta antología que es, como su propio título indica, una *deuda temporal* que teníamos, desde hace ya casi una veintena de años, con ese grupo de narradoras que decidieron probar sus armas en un terreno que muchos, durante largo tiempo, consideraron exclusivo de los hombres.

Raúl Aguiar, enero 2010

# ¿DÓNDE ME PONGO?

Ida Mitrani



Los padres jamás se preguntan si sus hijos les agradecerán el haberlos traído al mundo. Sencillamente, los traen y ya. Por el placer de tener un hijo aparecieron las inyecciones de Pergonal, las operaciones de varicoceles, los bebés probeta... Pero además están los muy naturales deseos de los papás, de que sus nenes sean perfectos. Se promovieron las pruebas alfa, las pruebas beta, las pruebas gamma, hasta que un cabrón día llegaron a la clonación.

Mamá estaba muy enamorada del gran científico que es mi padre. Para ella, este hombre encarnaba la "Excelsitud absoluta" y con todas sus fuerzas quería tener un hijo de él. También tenía mucho miedo de parir un hemofílico. No era para menos; creció viendo el sufrimiento de su madre con su hermano menor, que abandonó este mundo a los veinte años, durante una operación de cirugía plástica. El pobre chico tenía la mandíbula prominente, no mucho más de lo normal, que más feos los hay por ahí dando tremenda sánsara, pero para él, que además estaba enfermo, aquello ya era

demasiado. Así lo dejó bien claro: prefería correr el riesgo de morir hermoso antes de seguir viviendo feo.

Para mis viejos, la solución ideal en aquel momento fue la clonación. ¡Qué dicha! Un hijo que no heredara la fatal dolencia. A papá le encantó la idea. En general, todo lo que suene a experimento es para él como música de ángeles. Sus fantasías filosóficas se desbocaron; un clon significaría su segunda oportunidad de empezar de nuevo la vida, pero ya prevenido de los errores que alguna vez cometió. Dice mamá que el chanchullo comenzó a formarse el día que se les ocurrió comentar el asunto con mis abuelos paternos.

Estaban reunidos en el patio, alrededor de la mesita de café. Como invitado de honor, compartía la tertulia el doctor que había dirigido la clonación. Mi padre, hábil en disertaciones, explicó en todo detalle el gran paso que iban a dar en la vida. Vendría un nuevo ser, potencialmente idéntico a su papito, incluso en sus aciertos, pero como el camino a recorrer ya era conocido, se tendría el buen cuidado de que no repitiera sus tropiezos.

Mi abuelo, chupando con parsimonia la pipa, le explicó que para eso no le hacía falta ningún clon. Todos los padres se prometen a sí mismos que verterán sus experiencias en los hijos de manera tal, que estos no incurran en los mismos errores de sus ancestros. Pero los hijos siempre se las arreglan para cometer otras faltas, totalmente nuevas y absurdas. Y ahí puso el ejemplo de mi papá, que tenía el oído cuadrado para la música y sin embargo, quería dedicarse a tocar la guitarra, en lugar de optar por la universidad.

Eso, sin tener en cuenta que casi se suicida por una jinetera, cuando ella lo plantó por un viejo forrado en billetes.

El doctor, por su parte, comentó lo adecuado de que los clones crezcan en un entorno muy semejante al del original, para prevenir en lo posible una evolución demasiado diferente. Esto pudiera generar deficiencias irreparables en el desarrollo de la personalidad.

Mi mamá, que para nada se había detenido a pensar en que el fruto de su vientre sería un logro de la ciencia moderna, declaró con ingenuidad que de cualquier modo yo sería un niño más, con mis virtudes y defectos pero a fin de cuentas, rodeado de mucho amor y eso era lo más importante.

Ahí metió la cuchareta mi abuela, desplegando muy segura sus propios argumentos. Estaba de acuerdo en que yo sería realmente la segunda vida de su hijo. Por tanto, apoyaba la idea de que debería crecer en un entorno no muy diferente del original. En primer lugar, porque mi mamá no se parece en nada a ella (es decir, a mi abuela). En segundo, porque la joven pareja vivía en un apartamento de dos habitaciones, mientras mis abuelos conservaban su antigua casa con patio y jardín. Y para remachar, allí tendría la oportunidad de ir a las mismas escuelas de mi padre, donde por suerte aún trabajaban varios de sus viejos maestros. Así crecería tan sano, inteligente y apuesto como mi progenitor. La solución ideal era obvia: ¡A llevarme a vivir con mis abuelos!

Era su destino que mamá llevara a término el embarazo, porque con la rabieta que le dio aquel día, la tensión arterial debió haberle subido a 150 con 200. Porque, ¿para qué coño quería ella un hijo tan especial, que no lo podía criar ni la propia madre que lo parió? Ahí mismo, mi abuela, con esa voz pausada del que se sabe vencedor, le recordó que yo no era su hijo genético. Me imagino que del tirón que mamá le dio al mantel, no dejó ni un cacharro sano.

Amenazó con lanzarse delante de un tren si no la dejaban criarme como se le daba su realísima gana, así que nos quedamos en el apartamento de la ciudad, fui a la escuela que ella dispuso y tuve los amiguitos que yo quise. Cada cierto tiempo iban los periodistas a joder, pero al verme tan común y despreocupado como los demás niños, perdieron el interés.

Con el tiempo, mamá perdonó a mi abuela y aceptó que yo pasara las vacaciones con los ancianos. Los abuelos, por su parte, olvidaron por completo la conveniencia de crearme un entorno semejante a de mi padre. Cuando yo, Javier-junior, hice talco la maceta de begonias, mi abuela me dedicó un suave regaño “porque el niño es muy inocente aún”. Por hazaña semejante, a mi padre le tocaron un buen par de nalgadas. ¿Y mi abuelo? Cuando le quemé el colchón al tratar de encender su pipa, me largó un sermón acerca del daño que hace el tabaco, mientras que a Javier-senior le suspendieron la televisión por una semana, nada más que por tomar sin permiso los fósforos para asar un gorrión en el patio.

En mi séptimo cumpleaños, nos visitó por unos días la hermana de mamá con su hijita. La pequeña sabía cantar y tocar la guitarra, bailaba como un trompo y en general era tan graciosa, que uno pronto se olvidaba de su mandíbula prominente, para adorarla como la niña más linda del mundo. Cuando se fueron, yo sentí que algo había cambiado en mi familia.

Un aire de inquietud se expandió por la casa: ¡Mamá quería tener una niña al natural! Parece que mi padre se resistió bastante, pero al final acordaron dejar evolucionar el embarazo hasta que los ultrasonidos permitieran distinguir el sexo del bebé.



El día de marras, almorzamos en casa de los abuelos. De nuevo en el patio se sirvió el café. Se valoraron las posibilidades de que el bebé no fuese niña. Papá no quería ni oír hablar de eso, pero mi abuelo insistió:

- Mira Javier, si es varón, puede que no traiga la enfermedad. Además, existen pruebas para comprobar si viene hemofílico. Creo que para interrumpir, deben esperar a que se compruebe esto.

- No, viejo, no. Ninguna de esas pruebas es eficaz al ciento por ciento. La dejaremos vivir solo si es niña.

Aquí intervino mi abuela, siempre tan oportuna:

- Javier tiene razón, pero solo en parte. Te voy a decir con franqueza lo que pienso: ¡Es muy lamentable traer al mundo a una criatura que va a transmitir la enfermedad!

Mamá esta vez no rompió la vajilla. Me tomó de la mano y le pidió a papá que nos llevara a casa, pretextando un fuerte dolor de cabeza. Esa noche, los tres nos fuimos temprano a la cama.

Al amanecer, mamá me despertó con mucho sigilo. Aún dormido me vistió, me embutió un vaso de leche tibia y tomados de la mano salimos a la calle. Un camión nos hizo el favor de llevarnos hasta Güines. Fuimos directo a las oficinas del Poder Popular, a pedir un lugar en un albergue y la oportunidad para mamá, de trabajar en cualquier cosa. Al interrogarla sobre su vida pasada, mamá respondió que huía de un matrimonio desgraciado. Mostrando sus documentos, le rogó llorosa al hombre que indagara sobre ella todo lo que quisiera, incluso con la policía, pero que por favor no avisara a su marido.

Papá nos encontró una semana después, pero no hubo modo de convencer a mi madre de regresar a La Habana. Quiso el destino que un matrimonio de ancianos nos tomara cariño y nos llevase a vivir con ellos. Nos visitaban con regularidad la trabajadora social, el médico de familia y la enfermera. Mi padre, que no cejaba en el empeño de recuperarnos, venía cada fin de semana. Mi mamá se sometió a todos los cuidados propios de su estado; a término y con el peso adecuado, nació mi hermana Esperanza.

Unos meses después, regresamos a la Habana. Desde entonces, paso las vacaciones de verano con mis "abuelos" de Güines. A los nueve años armé tremendo berrinche para me llevaran a las audiciones de la escuela de música y contra todos los pronósticos, fui aceptado. Asombrado por el talento de su doble, mi pobre papá se enteró de que su presunta falta de aptitud eran puros inventos de mi abuela, que no lo quería de farandulero, sino graduado de la Universidad. Mi mamá lo consoló, recordándole el prestigio que había ganado como científico, lo cual demostraba que sus padres lo habían guiado por el camino correcto. ¿Quién sabe si la equivocación se estaba cometiendo con Javier-junior?

Con mi hermana todo siempre fue diáfano. Aunque mi padre lo niegue, ella es su predilecta. Igual que él, se graduó con notas sobresalientes en la facultad de Bioquímica. Heredó su brillante cerebro, sin dudar nunca que la ciencia era su destino. Ha tenido suerte, porque de mi madre también tomó lo mejor: un rostro interesante y una recia personalidad. Además, sus análisis de ADN mostraron que no es portadora de hemofilia

En cuanto a mí, para ser apenas una copia mediocre de un paso anterior en la escala evolutiva del hombre, no me ha ido tan mal. Mis manos no son las más adecuadas para

un virtuoso, pero ya promoví con algo de éxito, mis primeras canciones. Hago lo que me gusta, y eso es lo más importante.

Lo que me trae mal es lo que me acaba de confesar mi novia: Su abuela murió por riñón poliquístico a los 45 años y su madre, de apenas 50, va por el mismo camino. No quiere ese destino para nuestros hijos, ¡pero yo no quiero renunciar a ella!

*(La Habana, 7 de junio del 2001)*

**Ida Mitrani Arenal** : (Ciudad Habana, 1955) Doctora en Ciencias físicas, Master en Ciencias Oceanológicas. Actualmente trabaja en el Centro de Física de la Atmósfera, Instituto de Meteorología (INSMET) del Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA). Obtuvo mención en el Concurso Nacional de Cuento "Cecilia Valdés 1997", con su cuento "La pared del fondo." Mención en modalidad de Cuento, en el Encuentro de Talleres Literarios, Municipio Marianao, año 2001. Cuento "El cántaro" Finalista del Concurso Internacional ABRACE, con inclusión en la antología, " Mariposas, Mujeres sin Capullo ", publicada en febrero del 2002, Montevideo Uruguay, con el cuento "Llaman a las cuatro". Finalista del Concurso de Cuento "Un amor de verano", convocado por la revista electrónica EL ESCRIBA, Buenos Aires, Argentina y publicado en el número 16, correspondiente a la segunda quincena de mayo del 2002, en la web [www.elescriba.com](http://www.elescriba.com), con el cuento "Un pequeño soplo". Premio en modalidad de Cuento Infantil, en el Encuentro de Talleres Literarios, Municipio Marianao, año 2002. Cuento "El de los ojos colorados" Premio Especial de Bibliotecas, Municipio Marianao, año 2002. Premio en modalidad de Cuento Infantil, en el Encuentro Provincial de Talleres Literarios de la Ciudad de La Habana, año 2002. Cuento "El de los ojos colorados" Inclusión en la antología " CUENTAGOTAS III " publicada en el 2003, Selecciones aBrace, Montevideo Uruguay, con el cuento "Vendrá Mañana" Mención en modalidad de minicuento. Concurso "Minificciones por la paz" convocado por "Fatal Espejo", México, en el año 2003. Cuento "Conducta." Inclusión en la antología de mini cuentos "CUENTAGOTAS IV" publicada en el 2004, Selecciones aBrace, Montevideo Uruguay, con los minicuentos "Conducta", "Alguien" y "Por ejemplo" Publicación del cuento infantil "Ojos Colorados" en la Revista Literaria Cubano-Canaria "Dos Islas, Dos Mares" No. 4, del 1 de febrero del 2004. Premio en modalidad de décima, en el Encuentro de Talleres Literarios, Municipio Regla, año 2005. Obra "Décimas verdes para Gea". Premio en modalidad de Cuento Infantil, en el Encuentro de Talleres Literarios, Municipio Regla, año 2006. Cuento "Los cuidaremos". Publicación de "Intrusa"(Poesía), "Décimas Verdes Para Gea" (Poesía), y "Alguien" (cuento) en la publicación electrónica EL GUARDABOSQUES, Boletín Ecológico\_Nº4 / julio-agosto 2007. Publicación de fragmentos de la obra Décimas Verdes Para Gea (Poesía), en la publicación electrónica "Aladécima", en el sitio web <http://www.peglez.blogspot.com/>, número correspondiente al 2007\_06\_01. Segundo Premio de Cuento, con la obra "Llaman a las cuatro", Taller Municipal de Regla-2007.

# KADOOR

Niurka Alonso Santos



Kadoor era un hermoso perro pastor belga, mascota del Capitán González y de su nave JUPITER. Llevaba ya más de dos años recorriendo el espacio con su dueño y sus compañeros buscando fuentes de minerales con que reabastecer las ya algo agotadas reservas terrestres.

En estos dos años sólo habían encontrado un asteroide con una importante veta de plata y otro con reservas tan discretas de cobre que no justificaba su explotación. Trabajaban dentro del Sistema Solar, fundamentalmente en el Cinturón de Asteroides. Otros se encargaban de estas búsquedas en el resto de la Galaxia, y de otras exploraciones también, que no sólo minerales necesitaba la Tierra en estos momentos.

Por eso, nada hacía suponer que esto que estamos contando hubiera de sucederle a ellos; realmente, estaban en el último lugar de la fila de probabilidades para ello, pero como las probabilidades son la exactitud de la parte inexacta de las muy exactas matemáticas, por lo general ocurre que esa probabilidad entre cien es la que sucede finalmente.

Y así, un buen día, mientras se encontraban revisando un asteroide de tamaño regular, la partida de exploradores (toda la tripulación menos uno que se quedaba de guardia en la nave) con Kadoor al frente, tropezaron literalmente con un vehículo a todas luces no terrestre que se encontraba a pocos kilómetros de la JUPITER. Kadoor, por supuesto, tenía su escafandra hecha especialmente para perros cosmonautas con todos los requerimientos y condiciones de las fabricadas para humanos, pues ya hacía bastante tiempo que por lo general todas las naves llevaban su mascota, desde que trabajar casi permanentemente en el cosmos era rutina para muchos, y hasta ahora, el mejor animal de compañía seguía siendo el perro. Siempre había quien prefería los gatos, los caballos y hasta cualquier otro animal, pero realmente, el más útil, disciplinado y menos molesto en una nave espacial era el perro. La dificultad era que si bien el perro era muy útil para muchas cosas dentro de la nave y en las exploraciones planetarias, en la mayoría de estos lugares no había atmósfera, por lo tanto les era imposible utilizar su mejor herramienta: el olfato. Es por eso que Kadoor fue sorprendido junto con sus dueños cuando avistaron súbitamente, a pocos metros de donde estaban, esta nave.

Como es lógico, los exploradores que dentro o fuera de la Vía Láctea buscaban indicios de vida inteligente, estaban completamente equipados para esta tarea. Llevaban todo lo necesario para un posible contacto entre civilizaciones, para tratar de comprender y ser comprendidos, infinidad de medios de comunicaciones para cortas y largas distancias, preparados además para la recopilación de datos y conectados permanentemente a la Tierra para recibir una ayuda directa moral o material en el mínimo de tiempo. Pero debemos entender que el Capitán González y su tripulación eran mineros, espaciales, pero mineros al fin y al cabo; su nave iba provista sólo de protecciones elementales contra agentes biológicos y químicos, incluida la radioactividad, como es lógico, pero sus únicos instrumentos científicos eran los relacionados con el manejo de la nave y con las prospecciones minerales.

Por eso en el primer momento no supieron qué hacer, si esconderse o darse a conocer. Llevaban armas, por supuesto, armas para una posible defensa contra seres agresivos, pero hasta el último ayudante de la nave comprendía que en una ocasión tan especial como el primer encuentro físico con seres extraterrestres inteligentes las armas era lo primero que debían ocultar, al menos de momento. Al fin decidieron ocultarse ellos también, en definitiva no habían

visto a nadie todavía y tampoco era para correr a abrazar y besar una lagartija babosa y repulsiva o cualquier otro monstruo asqueroso.

Estuvieron cerca de 30 minutos escondidos tras unas rocas a unos 20 metros de la nave ajena. Durante ese tiempo no se vio ningún movimiento ni en la misma ni en los alrededores. Se comunicaron con el que estaba de guardia en su propio cohete para informarle lo que habían descubierto y para que mantuviera una vigilancia más intensa en la vecindad y les transmitiera cualquier anomalía que observara.

Los extraterrestres aparecieron sorpresivamente. Eran cinco, bípedos y muy similares en sus escafandras a ellos. Llegaron a su nave y se reunieron junto a lo que parecía la puerta, esta se abrió silenciosamente y por una escalera bajó otro ser igual. Todos juntos se pusieron a mirar algo que traían los exploradores y como a discutir. Los terrestres continuaban escondidos observando y sin decidirse a actuar cuando de pronto, sin que nadie pudiera detenerlo, Kadoor salió del escondite y caminando lenta pero seguramente se aproximó a los extraños. Estos lo vieron y se quedaron inmóviles observándolo. Kadoor se sentó ante el grupo de una manera muy digna y por unos momentos se vio un curioso espectáculo: el grupo de 6 hombres que rodeaba al perro pareció de pronto que había entablado una amena conversación con el mismo. Luego hubo por parte de los extraños gestos inequívocos de una invitación a pasar a la nave y Kadoor efectivamente se levantó y los siguió, después de mirar por un instante hacia donde estaba su tripulación escondida.

—¿Y ahora qué? – preguntó el Capitán González a sus compañeros.

—Ahora creo que es mejor largarnos, estoy convencido que nunca volveremos a ver al perro.

—Yo creo – dijo Yamada – que pase lo que pase no debemos movernos de aquí, dependerá de si Kadoor sale o no sale, y cómo sale, lo que tenemos que hacer.

—Estoy de acuerdo con Yamada – dijo Thompson – si Kadoor sale normal, sin ninguna huella de maltrato o cosa así, creo que podemos darnos a conocer. Al fin y al cabo la Tierra ha estado suspirando hace milenios por esta oportunidad y no debemos dejarla escapar.

—Nosotros no estamos preparados para el encuentro con otras civilizaciones, no sabemos ni que hacer.

—Entiendo eso, Capitán, pero nunca nos perdonarán haber huido ante esta oportunidad.

—Creo, Capitán, que nosotros mismos nunca nos perdonaríamos algo así.

—Bien, eso quería oír. Yo, como capitán de una nave de prospección mineral, no puedo forzarlos a participar en una tarea tan diferente, pero si todos ustedes voluntariamente asumen la empresa yo estaré siempre con ustedes. Pero, Diégues, usted fue el primero en proponer que nos fuéramos, su opinión es decisiva en estos momentos.

—Capitán, mi proposición fue hija del instinto, pero soy un ser humano y un habitante de la Tierra, aunque lleve en el espacio más tiempo del que he pasado en ella. Por supuesto que si en nuestras manos está establecer el primer contacto con seres no terrestres considero que es nuestro deber, nuestra obligación y hasta nuestro derecho.

Decidieron dividirse en dos grupos: uno se quedaría escondido en el lugar donde estaban, aguardando la salida del perro o lo que fuera que pasara, otro grupo iría a la nave a preparar algo con que establecer contacto. Pensaron en algunos dibujos, gráficos o fotografías que mostraran la Tierra, sus habitantes, sus construcciones, su naturaleza. No podían ofrecer nada más con los equipos de que disponían. Este grupo partió y el resto quedó acechando. Los tres que fueron hacia la nave deberían regresar en una hora, pues la autonomía del oxígeno no era infinita. Cuando estos regresaran con lo que tuvieran los otros irían a la nave a continuar o terminar el trabajo y regresarían también en una hora. Abastecidos de esta forma tendrían oxígeno para otras 12 horas y podrían esperar los acontecimientos.

Cuatro horas después todos estaban reunidos de nuevo tras las rocas, pero el perro no había aparecido, ni se había observado ningún movimiento en la nave. La espera debió aún durar otras tres horas para ver descender a Kadoor, aparentemente sano y salvo y hasta de buen humor, pues llegó hasta las rocas, se paró frente al grupo y comenzó a ladrar frenéticamente. Todos tuvieron que ajustar sus radios pues casi quedan sordos. Esta era una reacción curiosa por parte del perro pues estaba entrenado para ladrar sólo dos veces cuando quería comunicarse ya que el sonido de unos ladridos incontrolables era realmente insoportable cuando se recibía por unos audífonos dentro de un traje espacial. Kadoor no respondió de momento a las órdenes de callar que le dio el capitán, sin embargo, al cabo de un rato él sólo cesó de ladrar, aunque la garganta le vibrara como si estuviera gruñendo, pero su actitud no era amenazadora, sino más bien ansiosa.

—Es como si quisiera decirnos algo – dijo Thompson.

—Sí, lástima que no lo entendamos. Necesitamos tanto que nos pudiera contar lo que ha pasado allá adentro.

—Mientras, Kadoor continuaba mirándolos con mucha atención.

—No obstante, me asusta – dijo Diégues - ¿no lo habrán enloquecido de algún modo?

—Veamos si responde – dijo González - ¡Kadoor, aquí!

Obediente, el perro se levantó de donde estaba y se dirigió hacia el capitán, sin dejar de mirarlo fijamente.

—Ven, perrito, ¿qué te han hecho? ¿estás bien? Dame esa pata.

Kadoor obedeció nuevamente. Los hombres se miraron.

—Al menos responde.

—Dime, perrito, ¿podemos ir allá? ¿son tus amigos?

Como si hubiera entendido, Kadoor dio unos pasos hacia la nave, luego miró hacia atrás, hacia ellos y continuó caminando. Los hombres se miraron de nuevo y decidiéndose sin hablarse, salieron todos de su escondite y lentamente se acercaron a la nave. Se pararon todos frente a la puerta y a algo que podría ser una escotilla. Estuvieron un buen rato en silencio y sin moverse, y viendo que nadie respondía ni se mostraba resolvieron comenzar a desplegar sus pancartas, con fotos ampliadas, dibujos, esquemas. Los mantuvieron ante la escotilla y la puerta durante un tiempo largo; luego, uno empezó a moverse alrededor de la extraña nave y sin ponerse de acuerdo los demás le siguieron en una silenciosa manifestación en círculo, manteniendo las pancartas de frente al vehículo, seguros de que de algún lado los estarían observando. Kadoor se mantenía apartado, mirándolos a ellos y no a la nave.

—Deberíamos poder tocar a la puerta – dijo Yamada.

—¿Y cómo llegarías a ella? Ni en la nave tenemos una escalera con esa altura.

—Debemos pensar en otra cosa.

—Si trajéramos un transmisor de la nave y tratáramos de transmitir cualquier cosa, algún tipo de señal, música, ¿qué se yo? en diversas frecuencias.

—Podríamos también traer alguna lámpara y hacer señales luminosas.

—¿Cómo no pensamos en eso antes?

—Porque no forma parte de nuestro entrenamiento. Nosotros hemos adquirido hábitos de reacción ante un chasquido del contador de radiactividad, ante un suelo que se hunde, ante un túnel que se derrumba sobre nuestras cabezas. Cada uno de nosotros sabe cómo hay que

reaccionar ante una de estas situaciones para salvarse y salvar al compañero, y no es que lo sepa, sino que reaccionará ante una de estas eventualidades correctamente y sin pensarlo. Los que buscan inteligencia en el universo hubieran sabido que hacer aquí en primer lugar, nosotros hemos tenido que pensarlo.

—Es que quién iba a imaginar que después de tantos años de búsqueda dentro y fuera de la Galaxia, nosotros, que no salimos nunca de los límites del Sistema Solar, íbamos a tropezar con seres inteligentes.

—Se debía prestar más atención a la Teoría de las Probabilidades.

— ¡Alto! – interrumpió la conversación Thompson - ¿no sienten ese calor?

— ¡Retírense, aprisa! – ordenó González.

Sin apartar la vista de la nave, que realmente había comenzado a desprender un intenso calor, se apartaron. Todo sucedió en el transcurso de un suspiro, la nave se elevó y, cambiando de rumbo a cierta altura, aumentó súbitamente su velocidad y antes de que ninguno reaccionara, desapareció.

— ¿Y ahora?

—Ahora nada, los hemos perdido.

—Pero ¿no podemos hacer nada? – dijo Diégues desesperadamente.

—Recojamos muestras del suelo para ver si podemos determinar qué energía utilizan y hagamos una exploración alrededor a ver si han dejado huellas de su paso o de su trabajo.

Encontraron a unos kilómetros de allí huellas del mismo trabajo que hacían ellos: algunas perforaciones, rocas partidas; sabían que no eran las dejadas por ellos, porque ellos no habían trabajado en esa dirección, pero no encontraron nada especial que les permitiera analizar su nivel de desarrollo, sus herramientas, qué buscaban.

Sintiendo que lo vivido les pesaba como un fracaso, que afectaba a toda la Tierra, sintiéndose culpables sin saber aún qué hubieran podido hacer, emprendieron el viaje de regreso, sin la animación de otras veces en que regresaban a sus casas. Antes de llegar enviaron el informe de lo sucedido.

Al llegar a la Tierra fueron recibidos por una delegación de alto nivel planetario y conducidos a las oficinas de la Unión Universal, donde se les informó que se había creado, al recibirse el comunicado de la JUPITER, una comisión internacional para estudiar todo lo sucedido, que debían entregar todo el material recopilado, tanto en muestras como en fotografías, todo lo que habían preparado ellos para tratar de establecer comunicación con los extraterrestres, que ya se estaba procesando el informe preliminar, pero que deberían permanecer en sus domicilios para ser interrogados por los miembros de la comisión cada vez que fuera necesario esclarecer algún punto y que debían entregar el perro para ser analizado por los médicos, con vistas a descartar que hubiera adquirido de forma casual o intencional, algún virus, bacteria u otra patología que pudiera resultar perjudicial para los habitantes de la Tierra.

Y ese fue el punto que no pudieron cumplir, Kadoor desapareció en algún momento después del aterrizaje y no lo habían vuelto a ver. Se desató una cacería por todo el país, se publicaron fotos y descripciones del perro, se mantuvo constantemente en las pantallas de los televisores, pero nada. Bueno, nada no. Se recibieron muchas llamadas en el punto de control, de personas que informaban que un perro de esas características se había acercado al suyo de manera amistosa, que había permanecido junto a él por unos momentos y luego había continuado. Cosa curiosa, todas las llamadas fueron muy similares, siempre se informaba que Kadoor había sido visto junto a algún otro perro, nunca de forma agresiva, no se había acercado a ningún ser humano, ni a ninguna casa, sólo a otros perros en la calle.

Mientras continuaba la búsqueda de Kadoor, los miembros de la tripulación fueron visitados cada uno en múltiples ocasiones por la Comisión. Las preguntas siempre giraban en

torno a lo mismo: la actitud del perro antes y después de penetrar en la nave foránea, su comportamiento durante el viaje, la descripción de la nave, de los seres que habían visto, su actitud, porque no se habían hecho mayores esfuerzos para contactar con los extraterrestres.

Por fin, la Comisión terminó su trabajo. En una especie de vista pública, que sería transmitida por todas las emisoras de televisión del mundo se darían las conclusiones de estos hechos de trascendental importancia para el planeta y se trataría de llegar a un consenso sobre los pasos futuros para tratar de localizar a esta civilización que realizaba trabajos de exploración dentro de nuestro sistema solar.

La vista, presidida por la máxima dirección de la Unión Universal, era altamente solemne, debido por un lado a la gravedad del tema a tratar y por otro a que era la primera vez que la Unión actuaría de forma realmente universal después del establecimiento de la paz mundial.

Comenzó la exposición de los hechos, por parte de un secretario. Fueron mostrados todos los materiales entregados por la tripulación de la JUPITER. Se permitió que los delegados interrogaran públicamente a los mineros espaciales, testigos directos y participantes de todo lo sucedido. Se escucharon opiniones a favor y en contra de la actuación de la tripulación. Se insistió una y otra vez en los detalles del comportamiento del perro. Se dieron, para terminar esta parte de la Asamblea, las conclusiones de la Comisión.

Posteriormente tomó la palabra el Presidente de la Unión Universal para dar inicio al debate acerca de la búsqueda de esta civilización, pero sólo tuvo tiempo de saludar a los presentes. Un tumulto proveniente del exterior interrumpió sus primeras palabras. A una señal suya, los custodios procedieron a investigar qué estaba sucediendo. Al ser abierta la puerta, se pudo presenciar un espectáculo por demás extraño: los guardias del exterior luchaban a brazo partido contra una multitud de perros que trataban de alcanzar la misma. De este grupo se destacó la figura más que vista por todos en los últimos tiempos de Kadoor, quien avanzó hasta colocarse en un lugar visible.

Entonces ocurrió lo más asombroso que hubiese sucedido desde que la Tierra existía: el presidente comenzó su inolvidable discurso:

— ¡Hombres! Ustedes quieren establecer contacto con otros hombres, que se han desarrollado en un mundo ajeno a ustedes, que han vivido vidas diferentes a las de ustedes, que no han visto quizás nunca lo que ven ustedes a diario, que no han sentido los olores que ustedes perciben todos los días, que quizás no han escuchado los sonidos que ustedes están acostumbrados a escuchar desde la infancia. ¡Magnífico! Una espléndida oportunidad para intercambiar conocimientos y experiencias. Pero contéstenme primero una pregunta: ¿cómo piensan hacerlo, si hace miles de años ustedes conviven con otros seres en este mismo planeta, se han desarrollado junto a ellos (y gracias a ellos en muchos casos) y nunca han podido comunicarse con ellos? ¿Cuánto hubieran ganado si en vez de estudiar a los murciélagos para desarrollar ustedes el radar, hubieran desarrollado el radar entre las dos especies? ¿Cuánto hubieran ganado si en vez de estudiar a los pulpos o calamares para desarrollar ustedes la propulsión a chorro, lo hubieran hecho entre las dos especies? Puedo seguir infinitamente poniendo ejemplos. Ustedes han desarrollado técnicas que ya eran aplicadas por insectos, por peces, por aves o por mamíferos, y han tenido que descubrirlas, perdiendo de ese modo cientos de años. No fueron capaces de comunicarse con los seres diferentes a ustedes que compartían su mismo mundo. No esgriman el argumento de la inferioridad, ese es un concepto relativo que les va a crear problemas cuando comiencen a conocer seres de otros planetas que no han seguido su mismo patrón de desarrollo.

En este punto uno de los delegados, que como los demás no podía más con el asombro y la sorpresa, se atrevió a interrumpir al Presidente:

—Presidente, ¿quiere usted darnos a entender que está en contra de buscar vida inteligente?

—Veo que no han entendido nada. El Presidente no ha dicho una sola palabra. Usando su boca como transmisor y su cerebro como puente habla Kadoor, en nombre de todos los perros del planeta.

No es necesario contar lo que sucedió después. Los hombres no podían aceptar esto. Algunos llegaron hasta a sacudir al Presidente, pero realmente este estaba como hipnotizado y no reaccionaba. Luego poco a poco todos se volvieron hacia el perro. Este continuó, por boca del Presidente:

— ¿Lo creen ahora? He traído a otros perros pues realmente nuestra potencia cerebral es menor que la de ustedes y hemos debido unirnos varios en un pensamiento común para poder obligar a este ser humano a expresarse por nosotros. Yo traje, y ahora están depositadas en la memoria de todos los perros del planeta, las coordenadas necesarias para encontrar a esos con los que tropezamos en el Cinturón de Asteroides. Pero ellos en su planeta no tienen fronteras biológicas. El hecho de que ustedes vieran sólo figuras semejantes a las de ustedes fue pura casualidad, son los hombres los que realizan ese trabajo, pero dentro de la nave había otros animales, cada uno ocupado con una labor acorde a sus posibilidades. Nunca se podrá pretender que un caballo coja un pincel con sus cascos o que un gorrión maneje una excavadora mecánica. Pero podemos hacer otras cosas y nuestro esfuerzo conjunto por el mismo planeta hace muchos años habría logrado un salto considerable en nuestro común desarrollo. Ustedes nos han utilizado, si; pero ha sido sin tomarnos a nosotros en consideración. Ustedes han pensado qué podían obtener de nosotros, pero no nos han preguntado qué podíamos darles. Han pensado incluso en lo que según ustedes nosotros necesitábamos, pero no nos lo preguntaron a nosotros. Se imaginaron que nos comprendían, pero realmente nunca ha habido comunicación entre nosotros.

—Entonces ¿qué quieren ahora?

—Queremos que cuando el planeta Tierra contacte con otras formas de vida de otros sistemas planetarios, lo haga realmente en nombre de la vida terrestre. Estos de ahora, a pesar de su apariencia humana tenían más puntos de contacto conmigo que con los otros tripulantes de la JUPITER. Ustedes quizás no se hubieran comprendido. Yo no tuve la menor dificultad. Los perros encontramos ahora la forma de explicar esto, pero ¿se imaginan que seres de tres milímetros de altura, provenientes de un planeta pequeño, hubieran aterrizado en un hormiguero? El primer contacto con otra civilización se hubiera establecido sin que ustedes se hubieran enterado siquiera. Queremos, por último, que piensen en todo esto. Ustedes son una especie muy inteligente y encontrarán una solución.

Y la encontramos. Estamos ahora en camino hacia el planeta de nuestros desconocidos amigos, después de 50 años del primer encuentro. Kadoor ya no existe, pero un descendiente suyo va con nosotros. Los delfines, que resultaron excelentes matemáticos, realizaron todos los cálculos, una abeja nos organizó el viaje. Vamos en la nave animales de cinco especies, compartimos el trabajo de acuerdo con las capacidades de cada uno y nos llevamos todos como hermanos. Ahora ciertamente nos sentimos más preparados para buscar otros seres más allá de nuestro planeta. Y Kadoor tiene hoy el monumento más grande que se haya levantado en la Tierra, erigido por la gratitud de todos los seres vivos.

**Niurka Alonso Santos:** (Yaguajay, Sancti Spiritus, 1963). Estudió Ingeniería en Telecomunicaciones en el ISPJAE y actualmente trabaja en la Empresa Telefónica (ETECSA). Ha obtenido menciones en el Concurso de Cuentos de CF Revista Juventud Técnica 2009 con el cuento *Opiniones*. Obtuvo mención de honor por su cuento *Kadoor* en los Premios Andrómeda de Ficción Especulativa. También obtuvo mención en el Premio Salomón 2009, por su cuento “*Creación*.”



O VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA, OTRA VEZ

Jamila Medina



Leí el diario de la mañana y supe que a esa hora todos –sobre Dalai Lama o sexo oral, con el corazón en la mano– escribían la misma página con citas sacadas de internet (como esas largas y suficientemente estrechas hojas chinas de la fiesta de la primavera, que después son lo suficientemente resumidas en una hoja más pequeña, igual de estrecha; no hay salida).

Sin declinar ser otra adicta, entré en la red. Los infinitos pejes y las infinitas bibliotecas virtuales y los hipervínculos hacia esa literatura y hacia los *blogs* que soñaban esa y cualquier literatura se dilataron en anaqueles por mis venas. Cliqueé al azar y empecé fervorosamente a saltar como un salmón de una página a otra, poniendo huevos de comentarios en todas las que lo permitían [«ha muerto kcy klbrt♥, el guitarrista de Hawthorne Heights♫, se le trababa la lengua (haw), quería llegar a las alturas (heights), en paz denscense♯, se murió durmiendo»].

Esa mañana –lanzándome por los infinitos toboganes, atrapada en la tupida telaraña– no pude llegar a mi ansia: el último texto de la red, tocar el corazón original del río. Ni al día ni a la semana siguiente –aunque rompí el récord de Sandwich.

El lunes, al entrar en el Atelier de Christian de Portzamparc.com, encontré con horror que había crecido un nuevo rascacielos en mi hendidura favorita, como quien diría «en una pequeña parcela» (entre un edificio y otro edificio de la bella Manhattan), galaxia que yo tenía detectada como hueco-6, uno de los últimos purgatorios perdidos.

Estudí los planos de la obra, y el elogio de un tal O. Sus dedos de arquitecto habían roído el aire con pericia para acoplar allí al travesti; siguiendo y burlando pasarelas, Louis Vuiton Moët Henessy bebía y vomitaba entre sus chales todo el caviar del cielo edificante de Nuyor. El nuevo inmueble era, en verdad, un portento. En cuanto a la boca abierta de O., aventuré mis yemas en el sitio para buscarle la lengua (y arrancarla), pero su adentro me sorprendió con el temblor de una vagina, la suavidad de la piel de unas muñecas. Después, metí la cuchara en la pantalla y probé los huevos de esturión, que O.frecía, zalamero. No crean que fue un problema de celo profesional. Incluso, por dos días, mientras se cocinaban mi estrategia y mi hígado, me alimenté solo de sus loas: «agudeza expresiva», «planos y volúmenes» quebrados, «armonía caótica», «pieles de

vidrios» de Saint Gobain, con «diferentes tratamientos opacos», «diamante afacetado», «terminación de lujo» –eran sus argumentOs. Al tercer día bajé por leche descremada y por 57 Street para (*do it by myself*) calar de cerca al enemigo y ver de frente el maldito edificio con que me habían taponado el hueco-6.

De espaldas a la Torre IBM, activé mi cámara y controlé despacio mi corazón. Recordé la sombra suave de los árboles, rollos de primavera, pasteles de verdura podrida que ahora alimentaban la calidad indudable del diamante. Doce disparos. Suficiente. Recordé la serpiente escandinava, que en el último crepúsculo devoraría la tierra. Y quise hacer alguna foto más. Recordé el lobo, que mientras... devoraría el sol. Me volví. Atrás quedaba Louis Vuiton Moët Hennessy (LVMH) enseñando sus cristales tornasol, en centelleos rápidos de rata.

No había cruzado Madison Avenue cuando me crucé con una horda de turistas japoneses que no paraba de fotografiar: flash, flash por cada uno de los 23 pisos de LVMH y su Magic Room (MR). Apuré el paso. Ni que yo fuera del Green Peace; la pérdida del hueco-6, esta derrota, me ofrecía una puerta.

De regreso, imprimí con estoicismo foto a foto. Empapelé mis cuatro paredes verdeacua con el material reconstruido y logré que la luz de la sala entrara por la grieta de la fachada lustrosa. Descripción de LVMH: menos de nueve mil metros cuadrados, una habitación mágica y una cuchillada de luz iluminando la 57. Descripción de MR: tres plantas, cinco gigas de imagen. Nada que no me pudiera permitir en mi propia habitación. Descripción de mi cuarto: el hueco-0, un verdadero huevo iluminado ahora, como si metida la mano en la garganta de Louis Vuiton Moët Hennessy, puesto su adentro en su afuera, arrancada la piel, me arrojara ahora con ella. Gracias a las fotos, había reconstruido pelo a pelo, al reverso y a menor escala el edificio dentro de mi habitación, quedando encerrada en su perímetro. Como en la casa de mi padre.

Recorrí atenta las imágenes. El corazón se me salía por la boca, y yo lo detenía con los dientes, con dos dedos. En los cristales de LVMH, la luz se retorció para rechazar a la torre contrincante (IBM). A un tiempo, en la pantalla del computador, mi *nick* serpeaba de un portal a otro, devorando hipervínculos, desovando como quien siembra a su paso cintas de dinamita. Ya comenzaba a desesperarme (y la estela de Coco-Chanel, torre Chanel, Chanel, Chanel... me aturdí con el saoco de su repetición), cuando las gafas de una japonesa me entregaron el espejismo. Amén. El negro destello de IBM (oasis, agujero interestelar, manuscrito perdido de una muerta biblioteca) estaba por fin sobre sus espejuelos, y dormía... bajo mi propio techo. Casi abrazada a la pared, no me importó manchar las fotos, y con el corazón agigantado encerré la cara de la japonesa en un círculo rojo bermellón.

Sentada en la PC, toqué una, dos, tres veces en las ventana oscura de IBM (la flecha del cursor un pico de pájaro piando, engullendo, cavando un túnel... en medio... de la noche invernal); mientras saboreaba la promesa del archipiélago de soleadas islas, las gargantas de hipertextos magníficos, *betsellers* y plagios más y menos crocantes, árboles genealógicos, fogoneros, *hanamis*; bronquiolos, cajas chinas, *matrioshkas*, la celosía de venas azules de los senos; MP3, RIPedeefes, 33 y un tercio, eternamente postergadas páginas porno; hojas caducas, fragantes o blog/queadas... que se abrirían ante mí. Si pasaba la puerta, la conexión entre esas hojas, su deliciosa redecilla descentrada (sin pies ni ombligo, ano ni boca) iría coloreándose visible a una voraz velocidad, y yo quizás podría adentrar en la diadema mi cabeza, como en una copa de bordes cuarteados, para beber, en la primera fuente. Acaso localizar en los estantes el gorgoteo de la *motherboard*; devorar el libro primigenio; inscribir mi óvulo, por fin, en el delta último del río de IBM (y en su alfa).

Dejé de soñar un momento para preguntarme por qué no se abría la espejeante compuerta que me invitaba desde la pantalla, desde las gafas, desde la foto. Perra IBM. Después miré hacia la pared y vi la razón. Maldita perra japonesa. Se había quitado los espejuelos y bebía tranquilamente un daiquirí, en la esquina derecha de mi cuarto. La aupé con los ojos, con los brazos. Caminé hasta la rinconera para pagarle la bebida y me rechazó haciendo frases en inglés. Creo que no traía dinero de bolsillo, porque su gesto en cruz, exacto, sobre el estómago, la hizo caer enseguida, sonriendo, atorada con la rodaja de limón. La mano llena de sangre (sin sable) y su vientre abierto, blancuzco



Explosión o implosión. Big bang. ¿Qué corazón cuarteado soporta esa rima ni la multiplicación infinita ∞∞∞∞∞... del espejo? Implosión o explosión. (¿ADN, Chanel, IBM, LVMH, Magic Room? ¿O tal vez la estrella de la ruleta había vuelto a girar? Y Chanel sería ahora la red de bibliotecas: pura televisión de noche y día, telenovelas, «*Supernatural*», compre, compre el inglesbéisik, y pellejos los fines de semana. Y Louis Vuiton Moët Henessy sería el autor. E IBM, mi anhelada fuente (el lecho, donde dormir al fin), habría comenzado a leer, por el principio: como yo, doblada sobre sí bajo el impacto. Bang bang. Uroboros pendejo. Adiós origen.)

A los cinco minutos cualquier página repetiría la noticia, difundiendo los ecos, divergentes, de la boa o el gato o el sombrero que, indigestados, habían servido de petardos. (¿Dónde hallarían mi cuerpo?: ¿en mi habitación: yerto en el suelo o pegado a la pared?, ¿en la 52: con los ojos rasgados de miedo, la boca desmesuradamente abierta, el vientre en cruz?, ¿bajo la torre de IBM, en la cima de Louis Vuiton Moët Henessy o en la sima, en el sótano, de la torre Chanel? He aquí otras mil y una noches: otra historia terrorista sin fin, que no sabemos quién le escribe.) Cuentan algunos que de un golpe suave, el claroscuro de la tarde o la mañana (ciudad sin bordes; ni corazón de río ni tronco ni raíz; sin capitel, fuste ni base) se irguió cayendo sobre Manhattan, por segundos, flotando como un hongo blanquecino (BLICH, ARCHIPEL). Entonces yo, blanca como el papel, haciendo de tripas corazón, cerré fuerte los ojos, olvidada de mí, mientras subía de tono la espumante marea de los flashes. Y abrí mucho la b∞∞∞∞∞∞ca. (A mi estallidO-¡.)

### Dejar un comentario

nombre (requerido)   e-mail (no será mostrado)

(requerido)  website

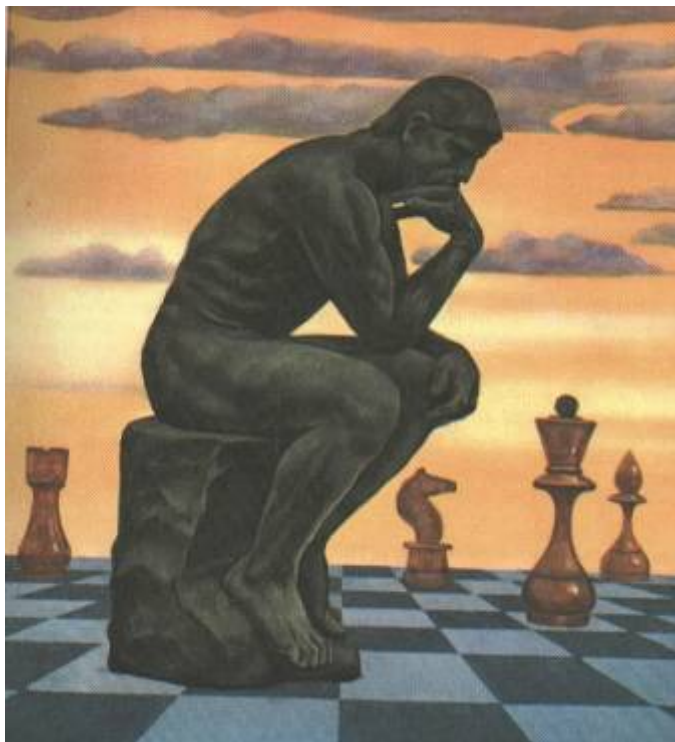
**Avísame por e-mail de nuevos comentarios**

Enviar

**Jamila Medina** (Holguín, 1981) Narradora. Poetisa. Profesora universitaria. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Graduada de Filología por la Universidad de La Habana (2007), ciudad donde reside. Posee inédita su tesis de grado donde analiza la obra del escritor cubano Calvert Casey. Aparece en *Memoria de los otros* (2006). Ha colaborado en *Upsalón* y *Ámbito*. Obtuvo el Premio David de poesía 2008 con su poemario *Huecos de Araña*.

## FICHAS DE AJEDREZ

Lidia Soca Medina



-¿Y entonces?

-No lo sé.

Me levanté y fui hacia la ventana. Necesitaba huir de sus ojos, porque de lo contrario terminaría cediendo, exponiendo mi vida a cambio... Sí, el motivo de cada decisión tomada parecía estribar en qué beneficio se podría obtener a cambio, el valor del comodín para continuar armando el crucigrama de nuestra existencia. ¿Y si decidía romper con ese atávico karma de intereses? Aunque la filantropía y el altruismo habían sido filosofías cinceladas hace mucho, ¡claro que tenía también un interés!

Ambicionando desactivar la criogenia de su mirada, propulsar un roce de piel y dar un salto de años luz hacia su pensamiento, sobre todo sacar de su órbita aquella caricia ajena que ultrajaba su hombro, sentada vulgarmente en un regazo que era solo mío en mis fantasías de medianoche y mis fugas diurnas. Me volví hacia ellos.

– Antes tengo algunas preguntas que hacerte...

Él la besó en la espalda instándole a marcharse y con la irritante convicción de ser el baricentro de su universo, desapareció cerrando la puerta.

– Nos conocemos Iramis... Siempre he sido un fracaso como escritor y ahora puedo alcanzar la fama... Es mi única oportunidad, la última. Aunque sea solo una vez, sentiré que toda mi vida valió la pena.

Volvía a mirarme de aquel modo. Necesitaba mantener la cabeza fría, calibrar mis posibilidades, prever una salida que no distinguía entre tanta propaganda incomprensible, distorsionada por el amor.

– Me quieres decir que yo, mi mente, mi espíritu... por llamarlo de una manera, me insertaré en tu historia a través de ese... escáner humano para darle...

– ¡Vida! Mis historias están vacías, son palabras enlazadas de una forma más o menos vistosa, pero pésimas. Te invito a formar parte de mi mundo, ¡de mi verdadero mundo! ¿No es eso lo que has querido siempre?... Tú serás la artífice de aquellas fantasías que mi mente no pudo inventarse, original, impredecible en cada entrega.

– O sea, que resuelva a mi manera los conflictos a los que me expongas... planear circunstancias, soluciones, contraataques. Nada más parecido a una ficha de ajedrez.

– Todos lo somos de alguna forma, solo que desconocemos la mano capaz de planear estrategias tan perfectas. Unos se lo achacan a Dios, otros al destino y hay hasta quienes aún confían en el libre albedrío. Esa es precisamente la barrera perentoria entre ficción y realidad que estoy dispuesto a derribar. Nada resulta tan atractivo como la vida misma que todos se empeñan en clonar en remedos semánticos, pero yo ofreceré ese puente entre lo real y la ilusión... y será contigo que lo cruzaré.

– Mejor dicho, sobre mí... Está bien, digamos que esa es la parte hermosa, poética. Ahora quiero la parte oscura: la realidad. ¿Qué pasará conmigo, con mi cuerpo, mi tiempo, si decido enterrarme en “tu mundo”, abrirme el juego?

– Físicamente se te inducirá a un estado de coma no muy profundo, para que tu cerebro continúe funcionando una vez conectado a la máquina. Es posible que ni siquiera notes la transición de realidades, a no ser por el cambio de entorno... ¿Has visto The Matrix?

– Sí... y no me gustó, sobre todo porque la gente podía morir ahí dentro.

- ¡Pero esto es completamente diferente y seguro! ¿Crees que iba arriesgarte así, Iramis?, -se apresuró a decir y luego procedió con su rol impersonal de hombre de ciencia-. También tuvimos en cuenta las ventajas de que tu familia...

– ¡Por supuesto, tuvimos, tú y esa encontraron al conejillo de indias perfecto que si se revienta, nadie va a echarlo en falta! ¿No?... ¡Total, una huérfana más o menos!... ¿Qué pasará si efectivamente ese importante jurado queda extasiado y te cubres de gloria? Lo normal sería que quisieran publicarme, ¿y si me llevan a una imprenta, me voy a dividir, se fragmentará mi conciencia? Porque hasta donde sé una vez que la máquina digitalice mi personalidad, mi intelecto o como se llame, podré estar viva en una simple hoja de papel que puede perderse, estrujarse o terminar Dios sabe dónde... Aunque me parece que esa posibilidad ni tú mismo la has contemplado.

– Porque es imposible. Eso no va a pasar, después de ese premio tendré fama, dinero...

– ¿Y quién me garantiza que no querrás más, que saldré otra vez... que no te olvidarás de mí una vez en la cima?... Mi vida dependerá únicamente de tu integridad. Algo bastante relativo diría yo, a juzgar por tu insólita ternura.

– ¿Cómo se entiende que hayas pasado tanto tiempo intentando formar parte de la vida de un hombre en el que no confías, teniendo tan pésimo concepto de mis sentimientos?

– Me usas, siempre has usado mi amor a tu conveniencia.

– No Iramis, siempre he intentado mostrarte que existe algo superior a esa vulgar transacción de momentos, voluntades o placer; pero has estado tan ocupada en apoderarte de lo que no te doy, que te has perdido todo cuanto te he ofrecido... ¿También me rechazarás ahora?

Y me convenció. ¡Por supuesto que me convenció! Es tan obvio como tus ojos incrédulos que acarician ahora mis líneas. Sí, tú que sostienes esta hoja de papel o me contemplas entre píxeles de cristal. Juzgándome otra historia intrascendente, distraído tal vez por la premura de hacer que vuele el minuterero para marcharte a casa. Sin

sospecharme viva entre tus manos, vibrando aún en este fragmento copiado de contrabando o con auténtico copyright. Atrapada entre folios numerados, como esa mística C que garantiza dinero y fama: el enorme e insignificante precio por el que transferí mi vida.

-Al comienzo no podía siquiera reconocerte a ti: cómplice de lo que entendía como mi auténtica realidad. El tiempo y el espacio se compactaron en una masa impredecible presta a dilatarse o comprimirse. Como esos sueños nocturnos donde simplemente caemos en medio de una historia contada de antemano por las recónditas divagaciones de nuestro propio cerebro, sin otra conciencia que jirones de lugares, rostros que nos parecen conocidos. Pero tampoco se comportó exactamente como un sueño... O una pesadilla aquella situación ignota, donde mis recuerdos eran inservibles, hasta que mi cerebro fue desechándolos poco a poco. El único contacto más allá del tablero bicolor donde se definía mi vida en una simple partida de ajedrez, era aquel golpear de teclas retumbando en mi cabeza cuando creí dormir, pero era cuando realmente debí estar más consciente y mi mente disparaba alarmas incomprensibles hasta ser arrojada a otro y otro micromundo, alineándose las piezas para definir mi rol en el nuevo juego.

Mucho tiempo después (si es que puede existir ese término aquí) empecé a recordar, retrocediendo centímetro a centímetro en mi memoria, hasta descubrirme entre electrodos conectados a mi frente y enjuagar al fin mis ojos en aquellos ya tan lejanos: “Tengo miedo” –fueron mis últimas palabras y el émbolo en mi antebrazo cayó cual telón mortal. “Estarás bien” –escuché ya en la oscuridad. Pero jamás volvería a estarlo, no volvería a estar de ningún modo. Si no, tú no estuvieras sentado en tu buró cuestionándote las cosas que tienen que leer los jurados o sencillamente cómo pudo levantar ese revuelo una historia tan patética.

Sería mejor no haber sabido, no enterarme jamás que mi súbita lucidez llegó cuando me abandonó a una imprenta. Ahora sí pareces motivado, al menos un poco interesado en mí. No finjas sorpresa, supiste desde el principio que esto pasaría, que llegaría un momento en que se le terminarían las jugadas de aficionado, se aburriría... o se acabara el partido, cuando invariablemente sería yo el rey derrocado. Se acortan las líneas y todavía no consigues reconocermelo como un semejante, alguien que una vez estuvo entre los jugadores, menospreciando las piezas que también tuve a mi disposición. Pero no, no me sentiré intimidada por tu certeza inquebrantable de existir del modo correcto.

Al menos ya sé quién soy, o en qué me convertí... ¿Y tú, confías en tus propios movimientos o continuas a expensas de esa mano poderosa y desconocida que te guíe a través de las cuadrículas del calendario? Recuerda siempre que todo peón puede convertirse en reina si sobrevive hasta alcanzar el otro extremo del tablero. Estaré aquí si decides volver...

**Lidia Soca Medina**, Ciudad de La Habana, 1985. Cursa la Licenciatura en Historia en la Universidad de La Habana, en la modalidad de Educación a Distancia. Desde muy joven comienza a ser galardonada en diferentes certámenes literarios a nivel nacional, sumando más de una veintena de premios. Tres de sus cuentos de ciencia ficción han obtenido mención y luego publicados en la revista Juventud Técnica. Actualmente tiene en proceso de edición un libro investigativo sobre José Martí que será incluido en una multimedia del Centro de Estudios Martianos.

## EL SUEÑO COMPARTIDO

Yadira Alvarez



No puedo más. Ya sé, quizás no haya nada de qué preocuparse por ahora, pero tengo hijos. Viera está esperando su primer bebé y Henrik se casa dentro de dos meses. No puedo afrontar esto con la misma calma que los demás.

Son solo sueños, es cierto. Sin embargo no es una coincidencia que miles de personas hayan estado soñando fragmentos de la misma historia a lo largo de años, desde que se validó la tecnología que creamos. Y desde siempre, a juzgar por los registros y entrevistas de estudios del sueño que se hacían antes.

Exploración y Graficación Visual de Estímulos Neuroeléctricos en Sueño Profundo es un nombre largo para algo que la gente ha tratado de hacer desde que fue conciente de sus sueños. Y va más allá del intento primitivo de interpretar lo que se sueña o adivinar qué pasa en la vida analizando los pocos recuerdos que aún conserva el durmiente al despertar. Es hacerlos visibles para los demás, es permitirle a cualquiera ser capaz de “ver” claramente qué soñó.

Ni siquiera se recuerda la mitad de lo que se ha soñado, ni la cuarta parte. Esa fase misteriosa del cerebro poniendo en su lugar todo lo que se ha vivido o pensado en vigilia siempre será un misterio: un ordenador que nunca se detiene, que solo borra información cuando padece alguna enfermedad o lesión, o cuando la mente, especialmente entrenada, “olvida”. Los sueños son una información particularmente difícil de sacar de las gavetas del subconsciente, y es tan útil una vez que la has expuesto y analizado como es debido con ayuda del especialista indicado.



Ahí estaba yo. Llegué a este proyecto como psicóloga, especialista en hipnosis y psicoanálisis. Rostislav y yo, los únicos especialistas que no manejaban las complejas terminologías cibernética y químico-metabólica.

En la era de la generalización se dice que la interdisciplinariedad es el preludio de los nuevos descubrimientos. Antes una mentalidad especialmente flexible, con poderosas capacidades de desarrollo de las funciones nerviosas superiores, partía de una serie de conceptos y supuestos derivados de la experimentación, el análisis y la observación. Y ¡Voilà! ¡Eureka! ¡Ya-Tá! Mil expresiones para designar lo mismo: DESCUBRIMIENTO; como unir por arte de imaginación y análisis las piezas de un rompecabezas que actúa y provoca cambios alrededor convirtiéndose el exitoso investigador casi en un dios, capaz de entender una pequeña parte del funcionamiento del universo, y hasta de intervenir en él.

Los tiempos cambian. No es que haya menos por descubrir, sino que determinadas leyes básicas ya han sido develadas y lo restante son aplicaciones y leyes derivadas o secundarias. El presente y el futuro no pertenecen a los genios solitarios, aunque de vez en cuando alguien eche mano a algún hilo de la telaraña universal, sino a los equipos que tejen los hilos ya conocidos de las telarañas-ciencias-artes, vinculando psicología con cibernética y cálculo, con química y neurología, con animatrónica y filosofía, y de cuyo tejido nacen cosas como nuestra EPGENS.

No voy a decir cuánto nos llevó, ni todos los esfuerzos que hicimos, todos los errores y experimentos, todas las veces que Swea, una fastidiosa especialista en animación, y yo, estuvimos a punto de agarrarnos del pelo. Solo sé que cuando comenzamos Viera era un bebé y Henrik ni soñaba nacer, y hoy Swea y yo somos las mejores amigas, llenas de arrugas, canas y miles de viejos chismes que contarnos una y otra vez.

La EPGENS estuvo terminada y el instituto comenzó a estudiar los sueños. Los dispositivos, a los que llamamos “fisgones”, se metían en el sueño de los voluntarios y arrojaban cúmulos de imágenes que había que editar y organizar para que los especialistas debidamente autorizados y adiestrados las analizaran. Hasta ahí todo bien.

Incluso nosotros nos sometimos a la exploración y tuvimos ocasión de molestarnos unos a otros con las burlas sobre sueños húmedos, terrores sepultados de la infancia y hasta el arquetípico sueño de vergüenza e inseguridad, ése donde te despiertas y caminas por la calle sin darte cuenta de que estás desnudo hasta que descubres que hay una razón embarazosa para que todos se te queden mirando.

Pero cuando el estudio se profundizó un asesor que apoyaba el trabajo de edición nos hizo notar algo alarmante.

El Doctor en neurología Hermann Djülik llamó la atención sobre la repetición constante de ciertas secuencias. Aparecían fragmentadas y distorsionadas por la perspectiva individual de cada usuario, sin embargo eran inconfundibles.

Al principio no lo notamos. El doctor revisó las secuencias sospechosas y halló invariantes, e incluso editó aquellos fragmentos hasta revelar, en un collage de distintos modos de ver la escena, donde se superponían imágenes claras con otras opacas y hasta algunas que parecían dibujadas a mano, un suceso catastrófico. Y revisando datos de las entrevistas acontecidas cuando aún el EPGENS era una teoría encontró descripciones de ése sueño.

En un lugar, parecido al interior de un remolque, alguien despierta sintiendo un sonido atemorizante, mezcla de rugido, trueno y fuego. Ese espectador se levanta y camina a una pequeña ventana desde dónde ve cómo una ola de fuego se acerca despedazando casas y sumiendo todo en una humareda negra. El alter ego en el sueño se aparta de la ventana, corre hacia el interior de su casa y frente a él la pared se derrumba en un muro de llamas.

Un sueño, pues; surrealista, raro, matizado por la lentitud pegajosa de las pesadillas. No es nada preocupante. Cuando Henrik se unió a un grupo de surfistas y solía soñar todas las noches que surfeaban hacia una pared de agua que caía sobre ellos. Todo el mundo tiene pesadillas.

Pero este sueño se repetía, se compartía entre miles de personas de tal modo que podías superponer el encadenamiento de sucesos como si colocarás negativos de fotos idénticas uno sobre otro. Alguien lo soñaba en colores, otro en dibujos animados, aquel como sombras chinescas, ése como una buena película de Stop-Motion. Pero era el mismo.

Las mismas flores en iguales búcaros rústicos, sobre mesillas idénticas colocadas junto a la misma ventana. El mismo empapelado de barcos veleros en la pared que explota. Y así otros detalles.

No sabemos a quién decirle. Es una locura. Y el sueño está apareciendo con más frecuencia en nuestros registros, como el aviso que un ordenador infectado de virus manda una y otra vez, en progresión creciente. Decidimos callarnos.

No sabemos si es algo que ya ha pasado a alguien con un especial poder de telepatía y quedó en el subconsciente colectivo como un faro sin propósito, o si es algo que pasará, algo que un individuo recibió en el sueño como revelación profética y de algún modo dispersó en los sueños de la gente. Algo que se acerca.

Soy madre, seré abuela. Y tengo miedo; nunca me importó mucho el futuro porque lo creía más o menos a salvo... ahora no me siento tan segura.

**Yadira Álvarez Betancourt** (Habana, 1980) Profesora del ISPEJV. Graduada de Educación Especial en el ISPEJV. Graduada del curso de Técnicas Narrativas del Centro Onelio, octava edición. Ha publicado “Comunicación Educativa en niños con necesidades educativas especiales” (2003) “Prevención y Atención a niños y adolescentes con trastornos afectivos conductuales”,(2007) “Consideraciones teórico-metodológicas de un modelo educativo de atención a los alumnos con TAC. Resultados de su puesta en práctica” (2008). Desde el año 2005 Trabaja junto a su esposo en el informativo digital Estronia, para promover el arte dedicado a la fantasía. Recientemente obtuvo el Premio Oscar Hurtado 2009 de ciencia ficción, con su cuento “Carne y pescado”

# MENEPHILUS CALXYS EN SAJARI

Yeny Mila Ramos



En horas de la mañana de este domingo, un ejemplar de *Menephilus Calxys* fue visto en las cercanías del poblado de Sajari. Expertos del Consejo de Investigaciones Científicas aseguran que esta nueva especie de insecto se alimenta de material calcáreo y le bastarían tres años para destruir toda una ciudad. Debido a la gravedad del caso, l Organización para el Bien del Hombre (OBH) solicitó el apoyo del Ejército, cuya fuerza aérea respondió con gran inmediatez y precisión. Una lluvia de misiles cayó sobre el territorio de Sajari y en solo tres horas, no quedaba lugar donde el insecto pudiera refugiarse. Según declaraciones de Falcon Martinelli, vocero de la OBH, entre los cientos de cadáveres se encontró el *Menephilus Calxys*, el cual ha sido depositado en una urna de vidrio como prueba al mundo de que, al menos este ejemplar, ya no representa una amenaza para la Humanidad. (HAP)

**Yeny Mila Ramos** (Ciudad Habana, 1971). Licenciada en Lengua Inglesa. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Obtuvo el Primer Premio en el IX Certamen de Relato Corto La Chorrera, 2009, Cáceres, España. También le fue concedido el Primer premio en el Concurso Vértice de Cuentos Breves, 2009, en Cuba. El microrrelato *Menephilus Calxys en Sajari* que aquí publicamos obtuvo el Premio Dinosaurio 2009, para el mejor minicuento con tema fantástico y ciencia ficción.

---

## LA NOTICIA

Zullín Elejalde Macías

El sonido del radio-reloj lo despertó a la hora acostumbrada. Mientras se sucedían las noticias se dio un baño, vistió su uniforme y, en el momento que llevaba la taza de café a sus labios, la escuchó... una y otra vez se repetía...

Dejó todo como estaba: la cama destendida, el café desparramado sobre el mantel, la puerta de la casa abierta de par en par, y corrió con todas las fuerzas hasta quedar sin aliento, dirigiendo sus pasos a casa de Marta, su ex-novia. Ya en el umbral tropezaron. Ella también iba a su encuentro. Se abrazaron y sin tiempo para más se perdonaron y por primera vez se dijeron un “te amo” sincero... La noticia se repetía sin pausa, robótica, desde las radios y televisores...



Segundos después, la sombra de uno de los meteoritos los cubrió para siempre.

**Zullín Elejalde Macías (Ciudad Habana, 1977)** Graduada universitaria en la carrera Lic. Contabilidad y Finanzas. Actualmente se desempeña como Gerente Económica en una de las gerencias de la Corporación Copextel S.A. Su obra se inclina más al género de la poesía. Es integrante del Taller Literario de CF y F “Espacio Abierto”. Hasta la fecha ha participado en los concursos de poesía fantástica Minatura y Oscar Hurtado 2010 obteniendo mención y primera mención con los poemas “Estrella” y “Diario de un viajero” respectivamente; el primero de ellos publicado en la revista digital que dio nombre al concurso. Del género cuento tiene muy pocos trabajos, aún inéditos.

# EL RETORNO

Claudia Alejandra Damiani



Todos estábamos desconcertados: años de trabajo e investigación tirados repentinamente por la borda. Lo peor es que esperaban que yo tuviera la respuesta y no era así, yo estaba en la misma situación desesperante que ellos y no podía eludirla. Llevaba 15 años como jefe del departamento de Historia Preholocaústica del Centro de Investigaciones y nunca se me había presentado un caso tan inverosímil. Todo empezó por dos esqueletos recogidos a varios kilómetros de la Colonia. Las autoridades pensaron que se trataba de unos mendigos y calcularon que debían llevar unos dos años muertos; pero cuando hicieron las pruebas pertinentes para determinar la causa de fallecimiento e identificación de los mismos, se encontraron con que se trataba de huesos humanos...

Que se encontraran restos humanos no tenía nada de singular: ellos habían habitado el planeta y por doquier hallábamos fósiles y trazas de objetos de su fabricación, yo mismo dirigía una institución encargada de la recolección y estudio de dichas reliquias y teníamos en nuestras manos osamentas muy bien conservadas; pero ninguna de menos de 100.000 años de antigüedad y allí estaba lo extraordinario del caso. Camino a la morgue iba seguro de que aquello tenía que ser un error y quedé hipnotizado ante los enormes fémures sin rastro alguno de mineralización – no había dudas, esos no eran fósiles sino huesos frescos-. Miraba y miraba el código genético, sin manipulaciones, humano al 100%; ¿pero cómo podía ser?, los homo sapiens llevaban siglos extintos. Luego me enseñaron las escafandras que habían evitado la dispersión de las piezas del esqueleto, eran trajes espaciales del siglo 22 –tres siglos

antes del Gran Holocausto-; estaban cubiertas de polvo y mugre que no permitía distinguirlas, pero una vez limpias, se hacía obvio el poco deterioro.

Me fui a casa e intenté en vano dormir, aquello no encajaba en ninguna parte y constantemente alguien llamaba para recordármelo. La noticia había recorrido la Colonia Occidental, sin duda era un hecho trascendente: “¿humanos en la actualidad?”. Mi raza les había seguido la pista a los hombres desde que desaparecieron tras la Gran Guerra Holocáustica, ellos nos habían creado y nosotros nos sentíamos herederos de su cultura.

Llegado el día siguiente y con unas ojeras increíbles, me fui a entrevistar a los oficiales que habían hallado los cuerpos; les pregunté por el sitio exacto del descubrimiento y ellos me explicaron sin problema. Como había imaginado el procedimiento fue poco cauteloso, por lo que eran grandes las posibilidades de que hubiera pistas sin encontrar. Los cuerpos estaban sepultados en la arena de forma muy superficial, pero lo cierto era que con las grandes tormentas de los últimos días eso no nos decía nada.

Sin más preámbulos partí para el lugar junto con todo el equipo de arqueólogos del Centro de Investigaciones. El examen fue exhaustivo pero no dimos con nada. Yo estaba terriblemente estresado: con aquel viento cualquier huella o evidencia humana habría desaparecido. Mi cabeza se calcinaba en el crudo sol del mediodía mientras las dunas zigzagueaban frente a mis ojos convirtiéndose en marejadas de polvo; bajo aquella atmósfera insana apareció la clave: ¿Por qué llevar trajes espaciales?; la respuesta era obvia, debían ser astronautas. Y si lo eran, en algún lugar estaría la nave... En base a esta disquisición nos dimos a la tarea de buscarla. Barrimos un gran perímetro y todo parecía una pérdida de tiempo. De pronto, ¡el éxito!: un brillo metálico en lejanía y ahí estaba, con la majestad de un gran coloso...

Era un aparato impresionante, increíblemente sofisticado para su época (y para la nuestra). Allí encontramos numeroso material de estudio: datos estadísticos y apuntes de un viaje intergaláctico; ¡un viaje intergaláctico!, ellos poseían tal tecnología, es terrible que siglos de conocimiento se perdieran con su desaparición – Segunda “Biblioteca de Alejandría” calcinada-, nosotros tuvimos que empezar de cero a reconstruir la ciencia y la historia como un gigantesco puzzle donde a menudo faltaban piezas.

Revolvíamos todo con el entusiasmo del que descubre un nuevo mundo, uno de mis subordinados me llamó entre chillidos de asombro para enseñarme los motores. Ciertamente una tecnología muy extraña, pronto estuvo todo el mundo mirando con curiosidad e intentando desentrañar el misterio... alguien habló de la posibilidad de que alcanzaran la velocidad de la luz y sin duda me pareció algo sensato, pero nuestros conocimientos no llegaban a tanto y hacía falta un estudio más minucioso. Mientras, la noche empezaba a asomar sus tintes penumbrosos detrás del contorno de las dunas, era mejor recoger lo posible y marcharse a casa; mañana volveríamos con lo necesario para llevar la nave a la ciudad. Mis cabos sueltos seguían sin atarse: ¿Acaso había una próspera colonia humana desarrollándose en otro planeta?, ¿era esto obra de una materializada máquina del tiempo?; mi mente se entretenía imaginando el encuentro con aquellos seres, de cualquier forma este hallazgo representaba una posibilidad, una grieta de luz blanca en el umbral de una puerta cerrada...

Ya en mi casa decidí examinar la base de datos tomada de la nave. Al parecer se trataba de un viaje con fines investigativos a Alfa Centauri, estrella ubicada a tres años luz de la Tierra. Pero nada me pareció tan excitante como la detallada bitácora del

capitán: según ésta había ocurrido un fallo (de origen desconocido; sabotaje, tal vez); lo que debía haber sido un viaje de una fracción de segundo tardó 20 años, la nave tras permanecer a la deriva unos instantes quedó perdida en regiones desconocidas del espacio. Lo que siguió fueron dos décadas de tortura, búsqueda vana de un planeta perdido. La historia se detiene allí, tras divisarlo, en el momento en que aterrizan y descubren que no queda nada: su ansiado paraíso no es más que un terreno yermo, un gigantesco desierto extendiéndose en todas direcciones. Al inicio, el equipo es enumerado (7 en total), a medida que se avanza algunos nombres dejan de figurar en el relato- siempre tras la aparición de un “perdimos a otro”-. Luego las reservas que se acaban -llevaban sus cultivos en la nave-... ¿entonces murieron de hambre?; caminaron durante días en busca de alimentos y agua, en una tierra envenenada y exenta de vida, se dieron por vencidos –a sólo 6 kilómetros de la ciudad-.

¡Allí estaba la respuesta!, había llegado a ella sin percatarme: 20 años viajando a la velocidad de la luz; veinte años sólo para ellos, varios miles para La Tierra; al final esta les fue tan ajena como cualquier planeta ignoto. Teoría de la relatividad – algo que ellos nos legaron-. “Años luz de viaje y 6 kilómetros hacen la diferencia”.

Una llamada del centro de investigaciones, “comprobada la teoría de los motores”, algo que supondrá un gran avance para los viajes al espacio. También podríamos traerlos de vuelta, con un poco de DNA sería una resurrección... ¿para qué?, ellos mismos se extinguieron, igual muertos son útiles, mejor olvidar eso y hablar de misiones espaciales...

**Claudia Alejandra Damiáni.** (Ciudad Habana, 1991) Graduada del Instituto Preuniversitario Vocacional Vladimir Ilich Lenin. Actualmente estudia la carrera de Diseño en el ISDI (Instituto Superior de Diseño Industrial). Graduada del Centro de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso”

# LA ESTRELLA DE FUEGO AZUL

Janin R. Hernández



Cuentan por ahí que todas las personas del mundo tienen en el cielo su estrella. Que cuando uno nace esta se enciende, y después que muere, la estrella se apaga. Mi papito ríe y dice a todo eso que son tonterías; que las estrellas son más numerosas que la gente (él las ha contado y recontado como soldados de un regimiento) y además, no bajan. Cae algo, por supuesto, basura estelar. Pero nada más. Aunque después de haberme explicado todo ese trabalenguas me dice, *bueno querida, alegóricamente, hasta cierto punto cada quien tiene su estrella*. Y no es posible saber si va en serio o bromea.

Mi papá es un poco raro para hablar...

Pero de veras llegó a preocuparme lo de la famosa estrella; así, me dediqué a buscarla con el mismo ahínco que al tesoro escondido tras la tarjeta de cumpleaños. Por eso seguía obstinadamente adelante, caminando hacia la maleza en que todos habíamos visto caer los primeros destellos. Los otros niños se habían quedado muy atrás en el vado, y sus gritos (*¡estrella fugaz, estrella fugaz!*) ya no se oían, pero a mí no me importaba, porque no quería jugar con ellos. Había decidido ir en busca de mi propia estrella y así lo haría.

Anduve aún durante un rato dando tropezones, con el oído atento a cualquier sonido que no fueran las hojas que crujían bajo mis zapatos. Eran hojas muertas, pensé de improviso. Hojas amarillentas, acabadas desde hacía tiempo, como aquellas que se barren de los portales cuando llega el otoño. Los árboles que se erguían a cada lado del camino, me parecieron una bandada espectral de seres con manos huesudas de muchos dedos encorvándose hacia la vereda para atrapar al primero que pasara. (*Brujas*). Comencé a sentir un poco de miedo, pero ya no era tiempo de volverse atrás.

Entonces, vi al hombre.

Estaba de pie junto a la Cosa que yacía medio enterrada en la tierra.

Mi primera impresión fue pensar que desde luego era alguien bastante extraño... y alto, además. Muy alto. *Dos veces yo, más una cabeza*, calculé dubitativa al estudiar tamaña estatura. A pesar de sus dimensiones de coloso, lo favorecía una sonrisa principesca que disipaba cualquier inquietud. Por eso no me asusté, ni me pasó por la cabeza huir o dar voces; simplemente, permanecí allí a su lado, con las manos entrelazadas a la espalda y bamboleándome ligera hacia adelante y hacia atrás, como me sucede siempre que tengo que recitar una lección delante de toda la clase.

Él volteó la cabeza y me miró. Yo no le veía gran cosa. La parte superior de su rostro quedaba oculta por las sombras de la maleza; sin embargo, se alcanzaba a distinguir el brillo de los ojos.

Tendió hacia mí una mano manchada de luna.

— Hola, niña. ¿Qué estás haciendo aquí?

Su voz sirvió para acrecentarme casi del todo la confianza. Cogí la mano que me ofrecía y caminé hacia la luz que emitía la Cosa, pero cuidando no acercarme demasiado a ella. Era lo único que no acababa de gustarme. Parecía descomunadamente muda, fría e informe. Su resplandor metálico estaba opaco en algunos lugares, aunque incluso desde mi distancia era posible reparar en sitios donde la textura lisa parecía haber sido arañada por un gato (*¿no tienen miedo los gatos...?*), así como en sus retazos hundidos y en los números que llevaba grabados sobre lo que podía ser su panza.

— Será mejor que regreses— añadió.

Negué con rápidos y redoblados gestos.

— No, no quiero. Está oscuro y tengo miedo.

El extraño me levantó en brazos con tanta facilidad como si hubiese sido una muñeca y me dejó sobre la reluciente armazón. Esta era, en efecto, de metal, y muy fría al tacto, lo que confirmaba mis suposiciones. Una sonrisa divertida había curvado los labios del hombre cuando volvió a hablar.

— Pero... ¡si no tuviste miedo para venir! No tienes por qué tenerlo para volver.

— Ya... — otra vez sacudí la cabeza y me abracé las rodillas— Pero entonces había más luz.

Me sorprendió que no lanzara por lo menos una mirada a mi cobarde justificación, que además era lo bastante estúpida. Yo no tenía miedo. Sencillamente quería quedarme allí con él. Podía encontrar después el camino a casa hasta con los ojos vendados, porque he recorrido el bosque muchas veces junto a los otros chicos de la escuela y no me asustaba en lo más mínimo. (*Aunque eso ha sido de día, por supuesto, y este lugar en la noche puede resultar un poco aterrador*). El extraño asintió, más para sí mismo que para mí, y se puso a hurgar con una cinta brillante bajo la tripa de la Cosa, mientras sostenía en su otra mano una linterna.

Hubo un instante de silencio.

— No me contestas— dijo él de pronto— ¿Qué estás haciendo aquí?

Respondí en un santiamén.

— Buscando mi estrella.

— ¿Y la has encontrado?

Asentí.



— Es aquella que está más arriba.

Y le señalé con un dedo hacia el sitio por donde se pone el sol, aunque a tal hora, claro está, no había sol alguno. Mi estrella era fácil de hallar en todo aquel mar inmenso y oscuro y plagado de puntitos todos iguales: brillaba de forma intermitente, como un corazoncito asustado, y a cada latido lanzaba al aire unos destellitos azules. Las otras eran blancas, pálidas... parecían de queso.

— ¿La que parpadea? — preguntó él y levantó la cabeza.

Tenía los ojos grandes y azules, del mismo color que mi estrella.

— Sí, esa.

No dijo nada más y continuó removiendo el interior de la Cosa con su cinta retorcida. Me quedé allí sentada durante un rato, balanceando las piernas y mirándolo desde mi altura, en tanto él producía unos curiosos chasquidos que sonaban a lluvia y a un pizarrón cuando se araña con una tiza. Aquel armatoste se me antojaba ahora hueco, un gran cascarón de metal, aunque las patitas que le salían de todos lados como los hierros de un brasero le daban más aspecto de araña decrepita que de otra cosa.

Empecé a tararear una nana.

Mi estrella chispeaba en lo alto, bien recortada contra el cielo y destacando sobre todas las demás desde hacía cuatro días antes. Era muy mona. Muy rara, también. Mi padre había armado un gran revuelo la primera vez que la vio (*a través de su gran catalejo que no se parece en nada a los pequeños y flacuchos que traemos a clase*), y hasta llamó a varios amigos del observatorio para que contemplaran el milagro. “No recuerdo en la carta astronómica ninguna estrella que ocupe ese punto”, repetía una y otra vez. Pero a mí no me importaba; era mía y no tenía por qué interesarle a los demás.

Mientras la miraba sucedió de pronto un fenómeno sobrecogedor: aumentó la intensidad hasta convertirse en una esfera de fuego azul por sobre nuestras cabezas, y sus parpadeos se hicieron más rápidos y convulsos. Hasta que pareció quedarse de golpe completamente congelada, y al segundo siguiente se la vio venir abajo envuelta en la maraña resplandeciente de los destellos. Un arco brillante se dibujó en la oscuridad... y con él apareció la estocada del miedo.

— ¡Mi estrella se cae...! ¡Mi estrella se cae...!— clamé y extendí los brazos, como si así pudiera agarrarla.

Estuve a punto de tropezar con algún saliente de la Cosa y resbalar directo al suelo; la sensación de ingravidez me pegó un susto de muerte y creí que empezaría a gritar. Pero al instante sentí las manos del extraño sosteniéndome con fuerza sobre el pesado cuerpo de la araña metálica. *Él estaba allí*. Me rodeó con los brazos y me cubrió los ojos, inquieto, un poco duro, casi protegiéndome con su rudeza. *No tengas miedo, me dijo. No es una estrella. La tuya debe estar por ahí, en otro lado. Eso es sólo un sistema solar que agoniza.*

No entendí del todo las palabras, pero por el tono de voz que había usado supe que no significaban nada bonito, de modo que levanté mi mano a la altura de su cara para cubrir también sus magníficos ojos celestes. Aquello era algo que no debía ver nadie.

...Pasado un tiempo más que suficiente, se separó de mí, y luego de asegurarse de que me encontraba bien instalada sobre la Cosa, se inclinó y recogió su cinta rara

para dedicarse nuevamente a su trabajo. Miré arriba con cautela, aunque no estaba segura de lo que esperaba ver. En el lugar que antes había ocupado la bola de fuego azul, sólo quedaba un punto negro y vacío, como un agujero en el espacio. Sentí una punzada de tristeza (*¿significaba eso que acababa de morir algo allá, en aquel punto del cielo...?*) y me llevé a la cara la mano que había puesto sobre el extraño. Estaba cargada con el olor salobre de las lágrimas.

Pero yo no recordaba haber llorado...

*(¿Quizás estuviera equivocada?)*

Mientras él seguía produciendo sus ruidos incomprensibles y tirando cachivaches de metal a un lado para poner otros, volví a balancear las piernas mirando hacia lo alto con un dejo de esperanza.

Mi estrella estaba por ahí, en otro lado...

**Janin Ruiz Hernández.** (Ciudad Habana, 1990). Estudiante de Psicología de la salud. Graduada del curso de técnicas narrativas del Centro de formación Literaria Onelio Jorge Cardoso 2009-2010.

## CULTO DE ACOPLAMIENTO

Elaine Vilar Madruga



Serm permanecía agazapada, oculta entre la maleza podrida que circundaba todo en su derredor. El contacto con la Base resultaba un ronroneo en su cabeza: estaba cansada de los pretextos que durante años la habían obligado a obedecer a los Superiores dentro de aquel mundo pantanoso. Miró hacia su muñeca, donde un *insectorobot* se había colocado, chillando como un animal para exigir su atención. Serm obedeció y activó la comunicación. Segundos después, Huklein, el cyborg, la saludaba desde la micropantalla del Selector Individual:

-Hola, preciosa. Te estamos extrañando mucho.

-Déjate de rodeos, mira que el tiempo es oro y el mío vale más que los megacréditos que te inflan el estómago- ripostó Serm violenta, para luego agregar más calmada:- Los *mudgorgs*, estos malditos bichos, llevan apareándose una eternidad.

-Sí- concedió el otro, con un gesto de asco que resultaba casi una mueca.- Al parecer se usan el cortejo como parte fundamental de la procreación. Me he cansado de observarlos moverse con aquellos órganos sexuales que parecen... ¿lanzas?

-Son tentáculos- habló la mujer entre susurros, sin dejar de observar la naturaleza en silencio. Llevaba días siguiendo el ciclo de apareamiento de los *mudgorgs*, solo protegida por el Genofonte.- Suben y bajan, le dan vueltas a la hembra como en una danza y sólo después de asirlas con las “lanzas” se atreven a esparcir el líquido reproductor dentro de la cavidad de sus cerebros. ¿Y luego qué puede ocurrirles... a ellas? Quiero decir, cuando conciban a la nueva camada...

-Con el nacimiento de las crías, mueren. El espacio dentro de su cerebro se comienza a reducir a las primeras semanas de gestación; poco a poco la camada va ocupando más lugar y con ello desbroza el cerebro de la madre. Pero los *mudgorgs* son fuertes: ellas sobreviven hasta el nacimiento, convertidas en alguna especie de vegetal paralizado; hasta que los pequeños se abren paso en su carne... Si la madre no está viva en ese momento, por alguna extraña razón de su naturaleza, los *mudgorgs* chicos jamás salen a la luz, sino que se quedan dentro hasta que mueren de inanición o se comen los unos a los otros- pronunció lentamente el cyborg, consiente del horror que experimentaba la muchacha.- Por eso, las felices mamitas aguantan contra todo pronóstico, mientras los machos vuelven al redil como santos corderos, hasta que sus propios hijos los expulsan para morir en soledad. Nosotros, entretanto, hemos sacado una estúpida conclusión: no existe el raciocinio dentro de sus actos.

-No lo sabemos aún - lo cortó Serm.- El apareamiento y su rito de cortejo nos dice muy poco acerca de su conducta. De cualquier manera, aún no entiendo qué demonios hago yo en este pantano, manifestándome ante ellos, cuando un *maquibot* podría realizar esta labor.

-Cosas del Sistema- se encogió de hombros Huklein.- Ellos ordenan, nosotros obedecemos sus leyes. Así nos enseñaron en la Tierra. Termina pronto, amiguita, y ten tú más suerte que el resto. Al menos, danos una clave, observa algo que los demás hayan pasado por alto. Y siempre recuerda, el sexo lo es todo. Aquí, en este planeta olvidado por dios, en nuestra Tierra, la procreación siempre es lo primero. Por la mejor pieza y el mejor sexo somos capaces de mentir, de fingir, incluso de matar; todo tan primitivo... Cuestión de instintos, Serm. Sin embargo, hay muchos hombres en la Base que sospechan que tras esa aparente capa primaria, hay mucho más por saber de los *mudgorgs*. ¿Recuerdas las leyendas de los primeros exploradores de este planeta, que juraban haber visto las ciudades portentosas de esta especie y su poder? ¿Y las piedras de luz con que transformaban la naturaleza y el clima a su derredor? ¿Te imaginas que fuera verdad, y que pudiésemos llevar esa maravilla a la Tierra? Seríamos los héroes de los próximos dos milenios; ¿verdad?

-Vamos, Huklein, esas son historias para dormir a niños y novatos de la base. No me digas ahora que llevamos dos décadas varados en este sitio cenagoso por eso.- Ella lo miró con ojos suplicantes.- Sí, porque todo lo que cuentas es la parte hermosa del asunto: ¿acaso has perdido la memoria? ¿No recuerdas cómo salieron los primeros exploradores de Aita? Locos, alucinando, con visiones disímiles que los hicieron inútiles en la Tierra. Hoy, los que lograron sobrevivir lejos de los *mudgorgs*, sus adorados dioses *mudgorgs* a los cuales añoraban tanto, están reclusos en sanatorios. ¡Ese es el hermoso destino que esperas para nosotros!

-Nada, ellos fueron tontos, Serm- la calmó el cyborg.- Además, has pasado algo por alto: una simple palabra. Aita es el nombre de este planeta; ¿sabes lo que significa en la lengua de los navegantes?

-Riqueza infinita... Aita- respondió la mujer.

-Así la nombraron los pioneros exploradores; y aún no habían sido declarados locos. Ellos dijeron que los *mudgorgs* esconderían sus ciudades de la envidia y las ansias de conquista de los humanos, para salvaguardar su civilización. Quizás esa sea la razón por la cual no hemos encontrado en Aita más que plantas y ciénagas... Algo de verdad hay detrás de todo esto. Y nosotros queremos descubrirla. Tú quédate tranquila ahí, espera. Para eso te pagan, querida...

La muchacha cortó la comunicación, con un espasmo de rabia en las mejillas. Intentó prestar un poco de atención al rito de cortejo de aquella especie de pulpos repugnantes, que solo pensaban en pegarse los unos a los otros. Las figuras semincorpóreas de los *mudgorgs* en su cópula desenfundada le revolvió el estómago. Observó el avasallamiento de los débiles, el cimbrear contoneante y vencedor, los silbidos apagados cuando finalmente los cuerpos se encontraban. El color grisáceo de las escamas corporales se confundía con la flora y, en el centro de su asco, el olor de los *mudgorgs* en celo, penetrando a Serm como criatura sexual que era. Un olor que extrañamente la excitaba. La mujer se obligó a cerrar las piernas.

-Bendita suerte - exclamó, mientras viraba el rostro y un silbido de deseo la estremecía. Serm cerró los ojos, y evitó ver más.

\*\*\*

*Ugk, ugk... arft, arft... Me incorporaré a su ritmo. Quiero comprobar si huele bien. Aishna habla de ellos como si fuesen plagas contagiosas; por ella deseo infectarme. Me gusta demasiado... Voy a cortejarla. Quién sabe si con al unión logre crear una especie superior y más poderosa. Lleva días mirándome y ya puedo sentir el sabor de su deseo que despierta. La tomaré para mí. Humanos los llaman, pero ella huele bien: a barro, polvo y savia.*

*Saich, saich... arft, arft... detente ahora, pon fin a la aberración. ¡Mal de watr, mal de retr! ¡El peor de los pecados de un mudgorg! Déjala en paz y busca en otro sitio la Satisfacción. Hermosas hembras esperan por ti en la ciudad. Un engendro procreado del apareamiento con esta criatura solo será tu caída ante los Jirtyu, señores del bosque y el mar.*

*Ugk, ugk... arft, arft... No me importa ahora; tantas amenazas para nada. Soy apenas un tiuyry, pero ya poseo autonomía y derechos dentro de la camada. La quiero a ella... La tendré hoy. Cuando yo lo diga. En unos instantes. Sólo yo decidiré, porque soy voz de uiry-traidem-noz.*

*Saich, arft... Haz lo que consideres mejor. Respeto tu voluntad, pero me temo...wertry, wertry. Que los Jirtyu te protejan.*

*Ugk, arft... Calla ya. Me desconcentras. Ella es.*

\*\*\*

La mujer notó un movimiento inusitado entre los *mudgorgs*. Tensó las manos en la empuñadura de Genofonte, el láser de mirillas impulsadas, buscando un objetivo que se aproximase a ella. Empezaba a sentirse cansada, y su vista no era la misma. Maldijo en silencio su suerte y a Huklein, que le había exigido que aguardase allí, hasta que apareciera un milagro. Una pierna se le acalabró horriblemente, como si algún insecto la hubiera picado. Un relámpago le sacudió la cabeza al vislumbrar un tentáculo ocre aferrado a su piel. Serm tiró de este y se desprendió. Intentó ponerse de pie, pero no lo consiguió. Su mente estaba sumida en tinieblas. Le resultaba difícil reaccionar, como si lo viera todo en cámara lenta.

-Oh, demonios- pensó, y de repente se sintió encerrada, claustrofóbica. - Estoy indefensa.- Intentó mantenerse firme, pero percibía su cuerpo como una inmensa masa

gelatinosa, que se le escapaba de control y resbalaba hasta caer inerte. Genofonte se escapó de sus dedos como si hubiera perdido peso en unos segundos. Un conato de vómito se le atravesó a Serm en la garganta.

En un último vistazo, acechó una sombra pequeña que se aproximaba serpenteando cual una flor al viento. Movía sus tentáculos en un rito de cortejo. La tomaba, y bebía de ella.

El olor de los *mudgorgs* se acercó a Serm. No tuvo tiempo de suplicar ayuda, porque ya caía en un abismo sofocante de deseo. Un sinfín de lanzas la subieron a lo alto. Los árboles coronaron su cabeza.

Serm supo que debía dormir, quizás para siempre.

\*\*\*

Abrió los ojos, por momentos desorientada. Aita había desaparecido y en su lugar se extendía una vasta llanura oscura. La luna brillaba y un coro de voces sin concierto sonaba junto a ella.

Estaba frente a la hoguera, rodeada por mujeres. Todas llevaban los brazos cargados de ajorcas y pintados los rostros con tintura roja; solamente ella estaba desnuda y cubierta por símbolos. El fuego le pareció una rosa salvaje que añoraba recoger entre sus senos. Se acercó a él y deseó quemarse. Tenía una necesidad urgente de encontrar un cuerpo que se amoldara al suyo; alguien que penetrara su piel y sus secretos y la llevara a un carrusel de orgasmos.

Entonces, saliendo de las tinieblas, se aproximó un hombre. Serm creía conocerlo, pero su mente permanecía perdida, como si comenzase a vivir en aquel preciso instante. Alguien gritó junto a ella. Conteniendo el aliento, el hombre se colocó tras la espalda de Serm, mientras tanteaba la cercanía de su cuerpo con dedos hambrientos.

-Ven a mí, que pertenezco a las llamas- articuló Serm lentamente, arrastrando las letras y comenzó a bailar para él con movimientos sinuosos. Sus pies danzaban con frenesí, cada vez más rápidos y más... hasta que cayó desfallecida.

Entonces, el hombre se tendió sobre Serm y respiró sobre su hombro.

Ella era la serpiente del deseo; él, la flauta sagrada que la hacía moverse.

\*\*\*

Miles de imágenes pasaron ante la muchacha y la hicieron tambalearse. Luego llegó la calma.

Serm navegaba en un velero cargado de provisiones. Las velas ondeaban cadenciosas. Serm advirtió una cruz grabada en la tela blanca, un símbolo que le parecía un recuerdo remoto. Escuchó el llamado de los pájaros, la urgencia de su propia carne aún insatisfecha y comenzó a buscar al hombre. Un látigo restalló justo a su costado y le mordió la piel. Serm sonrió con lascivia.

-Eres tú nuevamente- lo acechó, reconociéndolo.

Él la condujo hasta la proa y la obligó a mirar. La muchacha avistó a lo lejos unas costas vírgenes, donde un grupo de seres desnudos se amontonaban con los brazos extendidos hacia el navío en un gesto de saludo. La piel morena de aquellos brillaba sobre la arena.

-América... - balbuceó Serm y cerró los ojos. El viento batió las velas del barco.- La vieja América... que siempre quise conocer. Tú me has traído hasta ella.

La marea los meció suavemente, acogiéndolos en su pecho de espuma. Con rabia y placer, Serm buscó la lengua de su amante y lo condujo al centro de su deseo. El barco comenzó a oler a selva, agua, savia y barro, pero la mujer no percibió nada más que no fuera su propio orgasmo y olor.

Las orillas se perdieron tras una nube de fuego y Serm volvió a suspirar.

\*\*\*

Sus propios gritos la sorprendieron, aún cuando esperaba arder de un momento a otro. El sexo de él la sometió, obligándola a quedarse quieta cuando todo había acabado. Serm esperó que comenzara de nuevo, para acoplarse a sus movimientos en una cópula sin fin. No estaba cansada, no quería que acabase nunca. Podía vivir fácilmente cabalgando aquella carne que se amoldaba tan bien a la suya.

Serm era una diosa de fecundidad. El hombre extendió sus manos sobre el paisaje, mostrándole aquel mundo que había recreado para ella. *Míralo y dime si es como lo soñaste*, escuchó que hablaba en su cabeza, en una lengua que no era el idioma de Tierra, pero que Serm entendía perfectamente. *Dime que más quieres y yo te lo daré. Pídeme, mujer.*

Serm se detuvo un instante y se asomó. París corría bajo sus pies. El Sena, Notre Dame y sus colores. La luz del sol incidía en el río y se derramaba sobre ellos como un espejo. Cientos de humanos pasaban por su lado, pero nadie los miraba. Nadie prestaba atención a su deseo y su desnudez.

Cientos de figuras conocidas se inclinaron ante Serm: María Antonieta, Bonaparte, Monet, Debussy, Toulouse Lautrec; y tantos otros que ella apenas tenía tiempo para asombrarse. El hombre sonrió. *¿Quieres más? Dime que ansías ahora, Serm.*

-Esto es lo que quiero- pronunció débilmente, mientras pegaba sus senos al pecho de él.

*Así será...*

\*\*\*

Los cristales llameantes de la edificación los escondían de los ojos del mundo. Serm observó los luceros artificiales de Treyur, la Primera Construida por los hombres en el cielo, remontarse en las alturas, para luego desaparecer entre los Satélites de Programación. Aquella era la primera urbe neotecnológica que había desafiado las leyes de la gravedad dentro de Tierra para ascender hasta las nubes. Nanorobots deambulaban sobre ella en un patrullaje constante. Serm, desde su infancia, la había visto ascender sobre sus utopías de niña, sobre la mugre de su búnker de status medio. Nunca la había

alcanzado. Nunca había contemplado el resto de las ciudades vulgares desde aquel sitio del poder y la gloria humana.

Pero ahora, él había cumplido su sueño.

Serm se dejó conducir, ensimismada, al centro del misterio del sexo. Sólo eso le importaba: copular hasta que la eternidad llegara a su fin. Estar junto al hombre. Aprender su arte.

Treyur, la urbe de cristal, tan hermosa como alta, que cada noche ascendía hasta las estrellas como un pecio a la deriva, ya no tenía ningún significado para ella. Ni siquiera necesitaba a la Tierra, su planeta natal, al cual había añorado durante tantos años desde su exilio.

Él era la roca donde todos sus esfuerzos se rendían; ella el cincel incansable. Sudaron juntos, buscaron los lugares más recónditos del cuerpo del otro amante, intercambiaron fluidos y olores. Treyur desapareció. Nada existía en su apareamiento; sólo la oscuridad y el bosque de tentáculos de los *mudgorgs* que sostenían su fertilidad. Serm era feliz.

-Ugk, arft - musitó el amante junto a su oído. La mujer asintió alegre, segura de sus palabras. Podía comprenderlo... e identificarlo aún en el mar de "lanzas" del resto de la camada. Serm se dejó conducir sin resistencia.

\*\*\*

-Preciosa mía- farfulló Huklein, entristecido, desde la pantalla del Selector.- Será difícil apartarte de ellos.

El resto del Equipo asintió con gestos eufóricos. El proyecto cobraba forma, tras largos años de espera y demora. Habían caído, finalmente, en la trampa. Los *mudgorgs* acogían la bomba, la estrechaban felices entre sus brazos, sólo pendientes en recibir a la nueva hembra humana.

Serm dormía, drogada por el veneno del tentáculo, quizás durante siglos, mientras se internaba en el bosque; llevada por los *mudgorgs* hacia las selvas que nadie conocía y donde podrían esconderse los secretos de la raza, incluso sus ciudades perdidas en el tiempo. Serm dormía, sometida por miles de alucinaciones dolorosas. O placenteras.

Huklein se preguntaba en silencio si el sacrificio era necesario. Sí, se respondió a media voz. La necesidad de saber del hombre era, desde el comienzo del tiempo, el motor impulsor. Por ella, habían atravesado medio cosmos y millones de estrellas para encontrar una raza inteligente. Por ella, habían vencido los muros oscurantistas de un cuarto de la humanidad para encomendarse a los astros y llegar a Aita. Después de eso, no podrían volver sin ser los vencedores, alcanzar un poco de gloria, o al menos, decir a los que habían quedado en la Tierra que existía una especie digna de su viaje.

-La única verdad de una especie es el sexo- musitó Huklein.- Nadie puede escapar de él. Quien tiene una capacidad mínima de ideas, las usará para pensar en su deseo. Es así... Por eso el *mudgorg* la poseyó. Ahora es suya.

El cyborg meditó acerca del precio a pagar y vio que, realmente, era mucho. Aunque Serm no fuera más que una simple chiquilla, un pequeño sacrificio dentro de la misión, él le había tomado afecto. ¡Pobre dulce muchacha, que habían ofrecido en holocausto! ¡Pobre niña que creyó ciegamente en ellos! Pero en fin, quién sabe si algún



día, tras seguir los pasos *mudgorg* en la selva, lograban rastrear a Serm y devolverla a la sociedad. Una esperanza pequeña... aunque Huklein dudaba que quisiera algún día abandonar el refugio de los *mudgorgs*, como los primeros exploradores de Aita, que tuvieron que ser maniatados por redes eléctricas para devolverlos a la Tierra.

Los *mudgorgs* caminaron sobre el pantano, seguidos por la mirada alerta de los científicos desde la nanocámara colocada en el cuello de la mujer inconsciente. Finalmente, los humanos podrían comprobar las teorías de inteligencia racional en aquella especie silenciosa. Y descubrir el poder de sus piedras... si realmente existían.

Entre los tentáculos amorosos, la mujer dormía, como una estatua destronada.

-Parece una Diosa - observó Huklein, ensimismado.

-La Diosa Fecunda...- dijo alguien a media voz.

**Elaine Vilar Madruga** (Ciudad de La Habana, 1989) Graduada de guitarra clásica de la Escuela Nacional de Música. ENA. Es laureada con el premio “La Flauta de Chocolate” de literatura infantil en los años 2001 en los géneros poesía, obtiene el premio especial de Ediciones Unión; 2003 en el género de décima y narrativa; 2004, premio en el género de poesía y premio especial que otorga la Editorial Letras Cubanas. Obtiene premios en los géneros de poesía y cuento en el concurso auspiciado por la FAO “Protege a los Bosques Evitando los Incendios Forestales”. En el año 2006, su libro “Al límite de los Olivos”, recibe una Mención, en el género ciencia ficción, del Premio Calendario 2006 auspiciado por la Asociación Hermanos Sainz. Tiene publicaciones en revistas infantiles y libros, tales como “Vuelo de colibrí”, “Cartas al Padre”, “Secretos con alas”. Resulta premiada entre los siete finalistas del Primer Concurso Iberoamericano de Relatos BBVA- Casa de la América. Recientemente acaba de publicar “Al límite de los olivos”, por Ediciones Extramuros, 2009.

# HISTORIA DEL CINE CIBERPUNK

1995

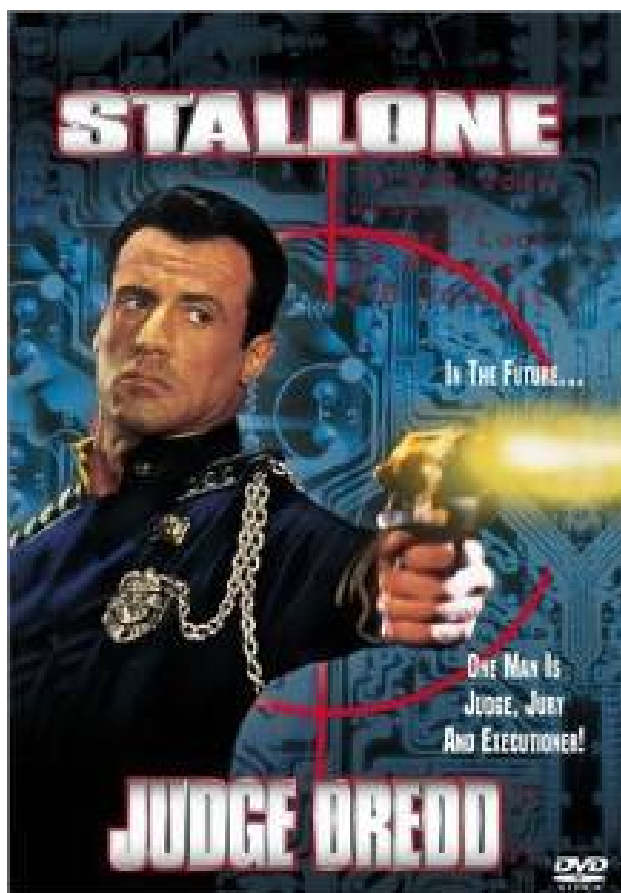
## JUDGE DREDD

**Judge Dredd** (en español, *Juez Dredd*) es una película de acción de 1995 dirigida por Danny Cannon y basada en la historieta Juez Dredd en el cómic británico *2000 AD*

Ciertos elementos del cómic fueron alterados para la adaptación, pero aún así no fue bien aceptada. Stallone fue nominado para el Premio Golden Raspberry (Frambuesa dorada) de 1995 por Peor Actor, debido a su trabajo en este filme y en *Asesinos*. Al principio se pretendía que el filme fuera clasificado para mayores de 13 años acompañados por adultos; sin embargo, debido al exceso de violencia la MPAA clasificó la película para mayores de 16, a pesar de las peticiones del estudio y Stallone. Debido a cuestiones de tiempo, el filme no pudo ser reeditado y fue lanzado con esa clasificación. A pesar de ser calificada por los críticos y por el público como una mala película, recaudó 133.5 millones de dólares en todo el mundo.

El juez Joseph Dredd (Sylvester Stallone) es un juez de la calle en un violento mundo futuro donde la Tierra es reducida a un inhabitable desierto donde la gente es forzada a vivir en Megaciudades llenas de crimen. Inculpado por Rico (Armand Assante), el mayor antagonista del filme y hermano clonado de Dredd, es condenado por el asesinato de un periodista. Ayudado por un prisionero a quien él sentenció previamente, Dredd trata de limpiar su nombre. Él también es ayudado por el Juez Fargo (Max von Sydow) durante algún tiempo. Eventualmente Dredd es capaz de matar a Rico antes de que este implemente su ejército de clones que ha estado construyendo. Al final del filme, Dredd es liberado de todos los cargos y vuelve a las callas de la Mega Ciudad.

El filme contiene múltiples elementos que son contrarios a los cómics, como por ejemplo el interés amoroso entre Dredd y la Juez Hershey (Diane Lane), algo que está estrictamente prohibido entre los Jueces en el cómic (y entre los Jueces y cualquier otra



persona). Además la película pierde el irónico sentido del humor de la historieta original.

Originalmente, el compositor David Arnold iba a dirigir la banda sonora del filme. Él había trabajado anteriormente con el director Danny Cannon en el filme *The Young Americans*. Sin embargo, Arnold fue remplazado por el veterano compositor Jerry Goldsmith, pero conforme las fechas de pos-producción se acercaban más y más, Goldsmith fue obligado a abandonar el proyecto debido a sus compromisos con otros filmes (*El primer caballero* y *Congo*). Al final, Alan Silvestri fue seleccionado como el nuevo compositor y seguiría trabajando con la música de la película hasta la finalización de esta.

## FICHA TÉCNICA

**Dirección** Danny Cannon

**País:** Estados Unidos

**Año:** 1995

**Duración:** 96 minutos

**Presupuesto:** 85 millones de dólares

**Distribución:** Hollywood Pictures y Cinergi Pictures

**Guión:** Steven E. De Souza y William Wisher, Jr.

**Producción** Charles Lippincott y Beau Marks

**Música:** Alan Silvestri

**Fotografía:** Adrian Biddle

**Reparto:** Sylvester Stallone, Diane Lane, Armand Assante, Max von Sydow y Rob Schneider

